



INDICE

INTRODUCCIÓN

5

1. LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL EN LAS DEMOCRACIAS

8

2. LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL EN ESPAÑA

14

2.1. Los niveles de participación electoral (1977-2000)

14

2.2. Los determinantes de la participación: Recursos individuales y factores políticos e institucionales

16

2.3. Los determinantes de la participación en las elecciones españolas de marzo de 2000

18

2.4. La abstención en la izquierda y sus razones

30

2.5. Características sociodemográficas de los abstencionistas de izquierda

43

3. LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL DE LOS JÓVENES

49

4. CONCLUSIONES

61

ESTUDIOS DE PROGRESO

LA PARTICIPACIÓN DE LOS ESPAÑOLES EN ELECCIONES Y PROTESTAS

Belén Barreiro
Universidad Complutense
Julio de 2002

PRESENTACIÓN

Dentro del programa de Estudios de Progreso, la Fundación Alternativas encargó a Belén Barreiro (Investigadora del Instituto Juan March, Profesora de la Universidad Complutense y Patrona de la Fundación Alternativas) un trabajo de investigación sobre la participación política en España. El resultado de este estudio es el documen-

to que a continuación presentamos. Bajo el título “La participación de los españoles en elecciones y protestas”, la autora, tras sobrevolar la participación electoral en las democracias modernas, analiza el ejercicio de este derecho fundamental en España, y del reverso de éste, es decir la importancia y características de la abstención; para concluir con un apartado específico sobre la participación electoral de los jóvenes en nuestro país.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo trata sobre la participación electoral en España. Se pretende dar respuesta a una serie de interrogantes: ¿Son los españoles más o menos participativos que los ciudadanos de otras democracias? ¿A qué se deben las diferencias de participación electoral entre distintos países? ¿Cuál es el contexto socioeconómico, institucional y político idóneo para la participación? ¿Son los españoles hoy más o menos participativos que al comienzo de la democracia? ¿De qué depende que unos ciudadanos voten y otros no?

El trabajo se organiza en tres apartados. El primero trata la participación electoral desde una perspectiva comparada. Se presentan los niveles de participación en elecciones en una amplia gama de países democráticos y se dan cuenta de los determinantes de la participación considerados en la literatura comparada. Se muestra que el promedio de par-

ticipación de los españoles se aproxima a la media de participación mundial, aunque está por debajo de la media de las democracias avanzadas. Se concluye describiendo el contexto ideal para la participación.

El segundo apartado se centra en la participación electoral en España. Se exponen los niveles de participación entre 1977 y 2000 en elecciones municipales, generales y europeas, y su fluctuación a lo largo de estos años. Se analizan los determinantes de la participación. Se describen las principales conclusiones de los estudios realizados en España sobre abstención y se presentan resultados originales sobre los factores de la participación en las elecciones de 2000¹. Se ha explotado para el análisis la encuesta

¹ Parte de estos resultados se encuentran en Barreiro, 2001.

postelectoral del Centro de Investigaciones Sociológicas². El estudio de la abstención en estos comicios se aborda mediante un modelo en el que se han incluido cuatro tipos de determinantes: los factores individuales, la evaluación de la oferta política, la movilización política y el contexto institucional de la elección. Se concluye que el perfil del ciudadano activo es el de un individuo de edad avanzada, casado, y comprometido con la política, ya sea porque muestre interés por la misma o porque se sienta próximo a un partido y declare alguna ideología, especialmente de derechas. Por el contrario, el ciudadano será menos propenso a participar si es de izquierdas, si cree que todos los partidos son iguales, si valora negativamente la labor de la oposición y si ve con pesimismo la situación política del país.

Se dedica especial atención al análisis de la abstención entre las personas de izquierda próximas al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) o equidistantes entre éste y otro partido (ya sea el Partido Popular (PP) o Izquierda Unida (IU)). Se describe el perfil del individuo que pertenece a este grupo. Se trata de una persona joven (en todo caso menor de 50 años), con cierta educación, trabajador no manual, soltero y residente en un municipio de entre 400.001 y 1.000.000 de habitantes

Se muestra, además, que la propensión a la abstención en la izquierda es la manifestación de un problema más general: la ideología no predice igual de bien el comportamiento electoral de los individuos de izquierda que el de los de derecha. Las personas de izquierda, además de abstenerse más que las de derecha, votan con menos frecuencia a los partidos próximos, como el PSOE e IU, de lo que lo hacen los individuos de derecha con respecto al PP. Dicho de otro modo, son más los progresistas que votan al PP que los conservadores que optan por el PSOE o IU.

Se ofrecen dos explicaciones a este fenómeno. Por un lado, el debilitamiento del voto ideológico en la izquierda, que se traduce en la mayor propensión a la abstención y el voto al partido contrincante, el PP, puede deberse al protagonismo que han adquirido en la política española, y por tanto en la decisión de voto de los individuos, cuestiones ajenas a las discusiones ideológicas, como la corrupción o el debate sobre la constitución. Por otro lado, es posible que en los individuos de izquierda no haya pesado tanto la ideología como el convencimiento de que un equipo de gobierno, el del PP, ha sido el mejor para afrontar los problemas del país. En este sentido, la buena valoración del gobierno popular, junto con la peor evaluación de los socialistas, ha podido inclinar a ciertos individuos de izquierda hacia la abstención o incluso a votar al PP, pues así

² Se trata de una encuesta de panel, el estudio 2382.

se ha permitido directa o indirectamente la victoria de un equipo que se ha juzgado mejor que el de la oposición.

El último apartado desarrolla una de las principales conclusiones del análisis sobre participación electoral: la propensión a la abstención entre los jóvenes. Las personas con menos de treinta años votan menos que los adultos no porque sean más apáticas o porque no muestran interés por la política, sino porque se sienten alejados de los partidos. Además, los jóvenes son más sensibles que los adultos a lo que hacen los partidos, tanto en lo que respecta a la labor del gobierno y de la oposición,

como en lo que se refiere a la situación económica del país, de la que el ejecutivo es al menos parcialmente responsable. La marcha de la economía incide especialmente en el comportamiento del joven. Cuando éste cree que las cosas van mal desde el punto de vista económico, es muy probable que se abstenga. Nada parecido explica la abstención entre los adultos. Los jóvenes son también más sensibles que los adultos a las estrategias de movilización de los partidos. El contacto con los partidos les hace más propensos a la participación, mientras que no hace variar el comportamiento del adulto.

A PARTICIPACIÓN ELECTORAL EN LAS DEMOCRACIAS

Sobre un total de 200 países incluidos en los análisis de Freedom House, 107 son democracias. Al menos este es el resultado al que se llega si se atiende al criterio utilizado por esta institución para medir los derechos políticos. En una escala de 1 a 7, donde 1 refleja la máxima libertad política y 7 la mínima, se puede considerar democracia a aquellos países que puntúen entre 1 y 3, ambos incluidos³. Lógicamente, esto nos llevaría a incorporar en la misma familia política a países muy distintos, tanto desde el punto de vista de su desarrollo socioeconómico como incluso del grado de libertad política que gozan sus ciudadanos. Aún así, todos ellos presen-

tan algo en común, la celebración de elecciones periódicas, relativamente libres y limpias. La tabla 1.1. muestra precisamente la tasa de participación electoral en 104 de las 107 democracias políticas, ordenada de mayor a menor (International IDEA, 1997). La participación mide, en este caso, el porcentaje de votantes sobre la población adulta con derecho a voto en las elecciones a la cámara baja comprendidas entre 1990 y 1997⁴. Los estudios sobre participación electoral utilizan normalmente como tasa de participación la de la cámara baja. Uno de los aspectos más destacables de la tabla es la enorme diferencia en los

³ Entre el 1 y el 3 estarían los países situados a un lado de la mediana, que es 4.

⁴ En algunos casos, se trata sólo de una elección, la única celebrada durante ese período, mientras que en otros se incluyen dos e incluso tres comicios.

niveles de participación de las democracias, pues varía entre el 96,7% en Malta y el 21,9% en Mali. Estas diferencias de participación no sólo se explican por lo diversos que son los países incluidos. Si bien es cierto que entre los 20 primeros países se encuentran algunas de las democracias más avanzadas (tanto desde el punto de vista socioeconómico como político), tal sería el caso de Suecia, Dina-

marca o Australia, entre los 20 últimos puestos están países como Japón, Estados Unidos y Suiza. Estos dos últimos casos son especialmente chocantes pues Estados Unidos ocupa el puesto 97 y Suiza el 100. Finalmente, se aprecia también que España no ocupa una mala posición pues se sitúa en el puesto 29 de 104, con una media del 79% de participación sobre el total de población adulta.

Tabla 1.1. Tasas de participantes en las elecciones legislativas sobre el total de la población adulta, 1990-1997

1. Malta	96,7	27. Palau	79,3	53. Taiwan	70,1	79. Canadá	60,1
2. Seychelles	96,1	28. Nueva Guinea	79,2	54. Corea	70,0	80. Lituania	60,1
3. Uruguay	96,1	29. España	79,0	55. St. Kitts	69,6	81. Sao Tomé	59,6
4. Italia	90,2	30. Argentina	78,9	56. Suriname	69,5	82. India	59,2
5. Islandia	88,3	31. Portugal	78,4	57. Trinidad	68,8	83. Salvador	59,1
6. Sudáfrica	85,5	32. Chipre	77,3	58. Belize	68,7	84. Japón	57,0
7. Rep.Checa	84,8	33. Rumanía	77,2	59. Malawi	67,9	85. Méjico	56,8
8. Grecia	84,7	34. St. Lucía	76,8	60. Bahamas	67,6	86. Bolivia	56,2
9. Costa Rica	84,6	35. Brasil	76,7	61. Hungría	66,9	87. Estonia	56,0
10. Bélgica	84,1	36. Filipinas	76,7	62. Barbados	66,7	88. Liechtens.	54,7
11. Israel	83,2	37. Eslovaquia	75,9	63. Mozamb.	66,4	89. Madagas.	54,1
12. Suecia	83,2	38. Cabo Verde	75,6	64. Ecuador	66,2	90. Marruecos	51,8
13. Bulgaria	82,8	39. Holanda	75,2	65. Ucrania	65,1	91. R.C. África	50,3
14. Australia	82,7	40. Nicaragua	74,8	66. Moldova	64,1	92. Venezuela	49,9
15. Mongolia	82,3	41. Vanuatu	74,6	67. Namibia	63,8	93. Nauru	49,7
16. Chile	81,9	42. Noruega	74,5	68. Guyana	63,7	94. Ghana	49,0
17. Samoa O.	81,9	43. Sri Lanka	74,1	69. Honduras	63,5	95. Polonia	48,2
18. Grenada	81,5	44. Mónaco	73,2	70. Latvia	63,1	96. R. Domin.	46,2
19. Andorra	81,3	45. St.Vicente	73,2	71. Banglad.	63,0	97. EEUU	44,9
20. Dinamarca	81,1	46. Alemania	72,7	72. Micronesia	63,0	98. Bostwana	44,6
21. Dominica	80,6	47. R. Unido	72,4	73. Tailandia	62,5	99. Jamaica	44,1
22. Eslovenia	80,6	48. Finlandia	71,5	74. Kiribati	62,0	100. Suiza	37,7
23. Nzelanda	80,4	49. Macedonia	71,2	75. Francia	60,6	101. Guinea B.	32,1
24. S. Marino	80,3	50. Nepal	71,2	76. I. Salomón	60,6	102. Colombia	31,6
25. Mauricio	79,8	51. Irlanda	70,2	77. Luxemb.	60,5	103. Guatemala	29,6
26. Austria	79,6	52. Panamá	70,1	78. Benin	60,1	104. Mali	21,9

Si se observan las tasas de participación en las democracias económicamente avanzadas, las diferencias se reducen ligeramente. En la tabla 1.2 se han incluido 21 países que gozan de un sistema político democrático y de un nivel de desarrollo económico considerable y se muestra la evolución de la participación electoral entre 1945 y 1997. Se han ordenado los países de mayor a menor participación. En este caso se muestran las medias de participación sobre el total de individuos registrados para el período 1945-1997 en 21 democracias⁵. Se

⁵ *La mayor parte de los trabajos académicos utilizan el porcentaje de participantes sobre el total de registrados, ya que es frecuente que el censo sobre población adulta no se encuentre actualizado (Blais & Dobrzynska, 1998). Sin embargo, la tasa de participación medida a partir de los individuos registrados es problemática si se incluye en el análisis comparado el caso de Estados Unidos, pues este es el único país en el que el ciudadano tiene la responsabilidad de apuntarse en el censo. En las demás democracias son las propias autoridades políticas las que se encargan de confeccionar el censo electoral, salvo en Francia donde el ciudadano debe inscribirse pero no sólo para votar sino también con vistas a obtener la carta de identificación nacional. En Estados Unidos, consecuentemente, la población de individuos registrados presenta unas características propias y distintas a la del resto de la población adulta. El ciudadano americano que se registra*

pueden distinguir cuatro grupos. Forman parte del grupo más participativo un conjunto de cuatro países, en los cuales las medias para el período 1945-1997 superan el 90%. Estos son Australia (94,5), Italia (92,8), Bélgica (92,6) y Austria (92,2). El segundo grupo está compuesto por países en los que las medias de participación para ese mismo período oscilan entre el 80% y el 90%, ocho en total: Nueva Zelanda (89,8), Holanda (88,2), Suecia (85,8), Dinamarca (85,4), Alemania (84,7), Grecia (84,6), Portugal (82,5) y Noruega (80,2). En el tercer grupo, con una tasa media de participación entre el 70% y el 80% se encuentran siete países: Finlandia (78,6), España (77,2), Reino Unido (75,5), Francia (75,1), Irlanda (75,1), Canadá (74,1) y Japón (70,6). España, por tanto, ocupa el puesto 14 de 21. Finalmente, en el último grupo, con una tasa de participación baja, se encuentran Suiza (58,3) y Estados Unidos (47,5).

es más activo que el que no lo hace y, por tanto, más parecido al votante de lo que lo es en las demás democracias. Por ello, en el caso americano es recomendable utilizar la tasa de participantes sobre la población adulta, pues sólo así será posible distinguir a los más propensos a participar de los menos propensos a hacerlo.

Tabla 1.2. Participación electoral en 21 democracias, 1945-1997
(porcentaje sobre el total de individuos registrados, salvo Estados Unidos)

1. Australia	94,5	12. Noruega	80,2
2. Italia	92,8	13. Finlandia	78,6
3. Bélgica	92,6	14. España	77,2
4. Austria	92,2	15. Reino Unido	75,5
5. Nueva Zelanda	89,8	16. Francia	75,1
6. Holanda	88,2	17. Irlanda	75,1
7. Suecia	85,8	18. Canadá	74,1
8. Dinamarca	85,4	19. Japón	70,6
9. Alemania	84,7	20. Suiza	58,3
10. Grecia	84,6	21. Estados Unidos	47,5
11. Portugal	82,5		

¿Cómo es el contexto socioeconómico, institucional y político idóneo para la participación? Entre las causas socioeconómicas de la participación se encuentran el grado de desarrollo económico del país, el tamaño de la población y el grado de analfabetismo (Blais & Dobrzynska, 1998). El desarrollo económico, medido por el Producto Interior Bruto (PIB) per cápita, hace aumentar la participación, aunque su efecto no es lineal: la economía influye cuando su desarrollo es mínimo pero a partir de cierto grado de riqueza deja de incidir en la participación (Blais & Dobrzynska, 1998). Además, la participación es más

alta en países con pocos habitantes. De nuevo, la relación no es lineal: el tamaño afecta a la participación cuando la población es muy pequeña pero no cuando se hace grande. La asistencia a las urnas también aumenta de forma muy considerable cuando el analfabetismo pasa de ser alto a medio pero poco cuando pasa de medio a bajo. Los ciudadanos también son especialmente sensibles al contexto institucional de las elecciones (Powell, 1980; Crewe, 1981; Jackman, 1987; Franklin, 1996; Blais & Dobrzynska, 1998; Anduiza, 1999; Wolfinger, Glass & Squire, 1990; Rosenstone y Hansen, 1993). El

factor institucional que más peso tiene sobre la participación es la presencia de voto obligatorio. Otros factores, como el registro automático en el censo electoral, la celebración de elecciones en días festivos, o una alta edad legal para votar, también influyen positivamente en la participación. Los efectos de otras facilidades que se dan al elector para votar son más inciertos. Tal es el caso de la apertura de colegios electorales durante más de un día, la posibilidad de votar por correo, por poderes o en una circunscripción diferente a la que uno está inscrito, así como de la apertura de colegios electorales especiales (sedes diplomáticas, residencias de la tercera edad, hospitales, centros penitenciarios, etc.). La proporcionalidad del sistema electoral, ya sea resultado del uso de una fórmula electoral proporcional, de

la presencia de circunscripciones grandes o de la falta de barrera electoral, sí incentiva la asistencia de los ciudadanos a las urnas. Finalmente, la participación electoral aumenta cuando la cámara legislativa es fuerte, lo que sucede al no haber otras elecciones que resten protagonismo a las de la cámara baja, como en los sistemas parlamentarios, unicamerales, centralizados y sin referéndum. Otros factores políticos, como el multipartidismo, la presencia de fuertes vínculos entre partidos y grupos sociales, la celebración de elecciones reñidas, así como una fuerte movilización política, inciden también positivamente en la participación (Powell, 1980; Crewe, 1981; Jackman, 1987; Franklin, 1996; Blais & Dobrzynska, 1998; Anduiza, 1999; Gray & Caul, 2000; Rosenstone y Hansen 1993).

A PARTICIPACIÓN ELECTORAL EN ESPAÑA

2.1. Los niveles de participación electoral (1977-2000)

El promedio de participación de los españoles en elecciones generales para el periodo 1977-2000 es del 74%, 6 puntos por debajo de la media de las democracias europeas (Boix y Riba, 2000). Además, en España, al igual que ocurre en otros países, la asistencia a las urnas varía según el tipo de convocatoria: es mayor en elecciones generales, menor en las municipales y aún más reducida en los comicios europeos. Según se observa en la tabla 2.1., la media de participación en las seis convocatorias municipales del periodo 1977-2000 es del 65%, nueve puntos porcentuales por debajo de la media de las ocho elecciones generales celebradas desde el inicio de la democracia. El prome-

dio más bajo de participación se da en las elecciones europeas: la media para los cuatro comicios celebrados es del 61%.

Las diferencias de participación según la naturaleza de la convocatoria revelan la importancia que los ciudadanos atribuyen a cada tipo de elección: los españoles creen que hay más en juego en las generales que en las municipales y europeas (Justel, 1995; Boix & Riba, 2000). Las diferencias de participación según el tipo de convocatoria también pueden ser consecuencia de que los partidos políticos movilicen más en elecciones generales que en otro tipo de comicios (Font, 1995).

La participación electoral de los españoles en un mismo tipo de elección es muy fluctuante, más que en otros países (Font, 1995). En elecciones generales la participación ha oscilado entre un mínimo del 68%,

en 1979, hasta un máximo del 80%, en 1982, lo que indica una diferencia de 12 puntos porcentuales entre los comicios menos participativos y aquellos en los que la asistencia ha sido mayor. La participación en las europeas muestra aún mayor varia-

ción, 14 puntos porcentuales, con un mínimo del 55%, en 1989, a un máximo del 69%, en 1987, mientras que la variación en los niveles de asistencia a las municipales ha sido algo menor, de 10 puntos porcentuales, con un 60% en 1979 y un 70% en 1995.

Tabla 2.1. Participación de los españoles en elecciones generales, europeas y municipales (en porcentajes)

	GENERALES	EUROPEAS	MUNICIPALES
1977	79,2		
1979	68,0		59,8
1982	80,2		
1983			65,7
1986	70,4		
1987		68,5	69,5
1989	69,7	54,7	
1991			62,6
1993	77,3		
1994		59,1	
1995			69,9
1996	77,4		
1999		63,0	64,0
2000	69,9		
Media	74,0	61,3	65,2

Fuentes: Ministerio del Interior; Font (1995)

La participación de los españoles fluctúa según el tipo de elección: se reduce en elecciones 'normales' o de 'continuidad', y aumenta en elecciones de 'cambio' o 'críticas', pues la perspectiva de novedad incentiva a los ciudadanos a acudir a las urnas (Montero, 1990). Las elecciones de 1979, de 1986 y de 1989 son elecciones de continuidad, ya que en ellas se renueva la confianza al partido en el gobierno, la UCD en 1979 y el PSOE en 1986 y 1989. También son 'normales' las elecciones de 2000, que no han producido un cambio de partido al frente del ejecutivo. Como se comprueba en la tabla 2.1., en todas estas elecciones, la participación de los españoles es del 70% o menos. La cifra más baja se alcanza en 1979, con el 68%. En este caso, la escasa participación se produce también por la reducción de la edad legal para votar, de los 21 a los 18 años, al entrar en el cuerpo electoral precisamente, los ciudadanos menos participativos.

Por el contrario, las elecciones de 1977, 1982, 1993 y 1996 podrían ser calificadas de 'críticas'. Los comicios de 1977 son excepcionales por ser los primeros de la democracia; los de 1982 llevan al PSOE al poder; y las elecciones de 1993 marcan el inicio del cambio, pues aunque vence de nuevo el partido socialista, anticipan lo que finalmente sucede en 1996, la victoria del PP. En todas estas convocatorias la participación es del 77% o más.

2.2. Los determinantes de la participación: Recursos individuales y factores políticos e institucionales

Los estudios sobre participación electoral en España coinciden en que la abstención responde esencialmente a factores políticos, mientras que el contexto socioestructural o las características individuales tienen una incidencia relativamente escasa. Entre los factores que determinan el contexto socioestructural en el que vive el individuo, el único que afecta seriamente a la participación, una vez que se controla el efecto de otras variables, es el tamaño del hábitat. En su estudio sobre la abstención en elecciones generales y municipales en España durante el período 1977-1993, (Justel, 1995) muestra que conforme aumenta el tamaño del hábitat, crece la abstención. El autor sugiere que la modernización, propia de los núcleos urbanos, no siempre conlleva más participación. (Boix y Riba, 2000) confirman la relación entre el tamaño del hábitat y la abstención en su estudio sobre las elecciones generales entre 1982-1996. En concreto, los autores muestran que en los núcleos rurales la abstención es menor que en las ciudades de más de un millón y que, además, las diferencias se han ido acentuado ligeramente. Los autores interpretan que la presión social propia de los medios rurales empuja a la gente a participar.

Los atributos del individuo que afectan positivamente a la participación son también pocos. El impacto del estado civil queda patente en el estudio de (Justel, 1995): los casados votan más que los que no tienen pareja, ya sean solteros, viudos o separados. La edad también incide en la participación: conforme más años tiene el individuo, más probabilidad hay de que participe (Boix y Riba, 2000). Además, es más probable que vote la persona que trabaja que la que no lo hace (Boix y Riba, 2000) y estar parado, ser estudiante o en búsqueda del primer empleo influye negativamente en la participación (Justel, 1995). Otras características individuales como el tipo de ocupación, la clase social, la educación, el sexo o la religión no tienen impacto una vez que se controla el efecto de otras variables.

Los factores políticos e institucionales son los que hasta ahora han dado cuenta de la participación electoral de los españoles. El interés por la política y por la campaña inciden en la probabilidad de participar: conforme aumenta el interés declarado, más probable parece acudir a las urnas (Justel, 1995; Boix y Riba, 2000). La ideología también influye en la participación: se abstienen más los individuos que no declaran tenerla (Justel, 1995). Por el contrario, ser de derechas o de izquierdas no incide en la participación, aunque sí lo hace tener una posición ideológica alejada de la media española: las personas que se sitúan en los extremos se

abstienen menos (Boix y Riba, 2000). Además, el caso español confirma la importancia que tiene lo competitivas que sean las elecciones: cuando la distancia entre los dos principales partidos se reduce, aumentando como es lógico la competitividad, la abstención se hace menor. Los recursos de los partidos también inciden en la participación. En aquellas provincias en las que el nivel de militancia es mayor, disponiendo los políticos de más capacidad de movilización, los individuos se abstienen menos. La abstención se reduce igualmente en aquellas provincias con más vida asociativa. En concreto, en las provincias que cuentan con cerca de 8 asociaciones por mil habitantes la abstención es 9 puntos porcentuales menor que en las que tienen un nivel mínimo de asociacionismo, con 2 asociaciones por mil habitantes (Boix y Riba, 2000).

En las elecciones españolas también destaca el impacto del contexto institucional y, en especial, el grado de proporcionalidad de las circunscripciones electorales. El tamaño de las circunscripciones españolas varía del único escaño en disputa en Ceuta y Melilla a los 33 escaños que se juegan en Madrid. Sabemos que conforme aumenta el tamaño de la circunscripción (conforme hay más escaños en juego) más proporcionalidad (mayor ajuste entre votos y escaños). Pues bien, en su estudio (Boix y Riba, 2000) muestran que en los distritos grandes la probabilidad de

que el individuo se abstenga es del 11%, mientras que en los distritos uninominales esta probabilidad aumenta al 27%. Esto indica que la falta de proporcionalidad no sólo lleva a que electores de los partidos pequeños opten por el voto útil sino también a que se decidan por la abstención.

En definitiva, de los estudios realizados hasta ahora se concluye que la participación en elecciones legislativas aumenta cuando el individuo habita en el medio rural, está casado, es de edad avanzada, trabaja, tiene interés por la política y las elecciones, declara alguna ideología, vive en una provincia con un alto nivel de militancia, un alto nivel de asociacionismo y en la que haya bastantes escaños en disputa. También el individuo tendrá más incentivos para participar si la elección es competitiva.

2.3. Los determinantes de la participación en las elecciones españolas de marzo de 2000

Las elecciones de marzo de 2000 registra-

ron una tasa de participación del 69,9%, la segunda más baja desde el inicio de la democracia, tras el 68% de 1979, y cuatro puntos por debajo de la media para el período 1977-2000, de 74%. Al igual que en anteriores ocasiones, la participación declarada en encuesta ha sido mayor que la real. Según aparece en la tabla 2.2., del total de entrevistados en la encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas, el 83% dijo haber votado, mientras que el 0,7% fue a votar pero no pudo hacerlo, y el 4,5% no fue porque no pudo⁶. El porcentaje de los que voluntariamente se abstuvieron fue del 10,6. Es el comportamiento de estos individuos, 560 en total, el que se trata de explicar aquí, comparándolo con los 4273, el 89,4%, que o bien votaron o bien quisieron hacerlo pero no pudieron.

⁶ El primer cuestionario se realizó en febrero de 2000. Se trata del estudio 2382. La encuesta postelectoral (estudio 2384) se llevó a cabo en marzo/abril de 2000 a partir de 5283 entrevistas.

Tabla 2.2. Participación declarada en las elecciones de 2000

Fue a votar y votó	83,1%
Fue a votar, pero no pudo hacerlo	0,7%
No fue a votar porque no pudo	4,6%
Prefirió no votar	10,6%
Total	100% (5283)
() Número de casos	

Fuente: Estudio 2384, Centro de Investigaciones Sociológicas

En la decisión de un individuo sobre si votar o no en unas elecciones inciden al menos cuatro tipos de factores: cómo sea la persona en cuestión, cómo juzgue lo que hacen los partidos, cómo sea sensible a los intentos de seducción de las fuerzas políticas y cómo le afecte el contexto institucional en el que vive.

Los determinantes individuales se refieren a los atributos que hacen que una persona sea más o menos propensa a participar en unas elecciones, como los recursos cognitivos, la integración social o el grado de compromiso político. Cuanto mayores sean los recursos de un individuo, más probable será que vote, pues el acto de votar exige un mínimo de información sobre lo que, en líneas generales, ofrecen los partidos y sobre las reglas

concretas que organizan la votación (Rosenstone y Hansen, 1993). En este sentido, la educación y la edad determinan en gran medida los recursos del individuo: conforme más educado o mayor sea un individuo, de más conocimientos y experiencia dispondrá para enfrentarse a la política. Estos son los dos indicadores de los recursos del individuo que se utilizan en este análisis.

La integración social también hace al individuo más propenso a la participación (Rosenstone y Hansen, 1993). Por un lado, las relaciones sociales son una fuente importante de información, contribuyendo así a aumentar los recursos del individuo. Por otro lado, el contacto con otras personas puede constituir una fuente de presión, ya sea porque otros traten de convencerles de

que adopten determinado curso de acción (como votar), porque les hagan sentirse mal si no lo hacen o porque quieran evitar ser el objeto de sus críticas si no se ajustan al comportamiento que esperan de ellos. En este sentido, la integración social se acentúa cuando el individuo está casado (por el contacto con su pareja y lo que ésta aporta de relaciones sociales), cuando pertenece a alguna asociación sin que tenga por qué ser política (por las relaciones que se establecen con los otros miembros) o cuando se vive en un municipio más bien pequeño (porque todo el mundo se conoce). El estado civil, la pertenencia a alguna asociación y el tamaño del hábitat son los indicadores a los que aquí se recurre para analizar el impacto de la integración social.

Como es lógico, la participación también es más probable cuando el individuo tiene algún tipo de implicación con la política. El compromiso político no se tiene por qué traducir en la afiliación a un partido sino en no sentirse indiferente ante lo que se hace, se discute y se propone en política. El grado de implicación con la política se puede medir al menos con tres indicadores: el interés declarado por la misma, la proximidad hacia un partido y la tenencia de alguna ideología, cualquiera que ésta sea.

La propensión a participar en las elecciones no depende exclusivamente de cómo sea el individuo. La evaluación de la oferta política, cómo

se juzgue la labor de los partidos, puede constituir también un incentivo a la participación. Así, por ejemplo, Boix y Riba (2000) demuestran que el nivel de satisfacción del electorado con respecto a la situación política y económica del país afecta a la abstención. Cuando aumenta el número de ciudadanos que cree que se han deteriorado las condiciones políticas y económicas la abstención decrece. Los autores concluyen que la insatisfacción no lleva a la apatía sino a la movilización.

Aquí se aborda la evaluación de la oferta política recurriendo a diversos indicadores. Por un lado, se analiza la opinión que tienen los ciudadanos sobre los partidos políticos y, en concreto, si creen y hasta qué punto que todos los partidos son iguales. Lógicamente, cabe esperar que aquellos individuos que piensen que no hay diferencias entre unos grupos políticos y otros sean más propensos a la abstención que los que sí que vean divergencias. Por otro lado, se indaga en la valoración que los ciudadanos hacen de la gestión del gobierno, de la labor de la oposición así como de la situación política y económica que atraviesa el país. Esto permitirá, entre otras cosas, comprobar si la insatisfacción con la coyuntura medida a título individual y no de forma agregada, como en el estudio de Boix y Riba, fomenta realmente la participación.

La propensión a participar de los ciudadanos también depende de lo sensible que sean a las estrategias de movilización de los parti-

dos. En la encuesta postelectoral de 2000 se pregunta directamente a los entrevistados si fueron o no contactados por algún partido político. Cabe esperar que los individuos movilizados sean más propensos a participar que los que no fueron contactados por ninguna fuerza política. Aquí también se utiliza otro indicador menos directo de la movilización: el seguimiento de alguna entrevista en televisión con cualquiera de los candidatos. La participación, finalmente, depende del contexto institucional en el que se celebren las elecciones. Las circunscripciones españolas, las provincias, comparten unas mismas instituciones con una importante excepción, el número de escaños que se reparte cada una. Conforme más escaños estén en juego, más proporcional será la provincia. Como demuestran Boix y Riba (2000), una menor proporcionalidad no sólo incentiva a que los electores voten de forma estratégica sino que además fomenta la abstención. El grado de proporcionalidad de las provincias puede medirse mediante el 'umbral electoral efectivo', que nos indica el porcentaje de votos necesarios para obtener un escaño en una circunscripción⁷.

⁷ Siguiendo a Lijphart (1999), este umbral se obtiene a partir de la siguiente fórmula: $\text{Umbral electoral efectivo} = 75\% / (M+1)$, siendo M el tamaño de la circunscripción.

En definitiva, la propensión a abstenerse variará en función de los recursos cognitivos del individuo, su grado de integración social, su compromiso con la política, cómo evalúe la oferta política, lo expuesto que esté a la movilización de los partidos y lo sensible que sea al contexto institucional⁸. ¿Cuáles son las causas de la participación en las elecciones de marzo de 2000? La tabla 2.3., recoge los resultados del análisis, cuyos aspectos técnicos se detallan en el apéndice. Lo primero a destacar de la tabla es que en ella no aparecen todas las variables

⁸ En análisis iniciales se incluyeron otras variables que luego fueron descartadas, pues complicaban excesivamente el modelo y no mejoraban la explicación. Algunas de estas variables no afectan a la abstención, como la clase social o los ingresos. Otras variables se solapan con determinantes ya considerados, especialmente los que reflejan el compromiso político del individuo. Así, se descartó incluir la frecuencia con la que se discute de política, el seguimiento de la información política, etc. En otros casos, se ha rechazado incluir factores que, aún siendo objetivamente relevantes, su falta de variabilidad les hace no ser significativos en un modelo multivariable. Tal es el caso de la militancia de algún partido o sindicato: el porcentaje de los afiliados es tan bajo que probablemente no se de variabilidad suficiente como para incidir en la participación, una vez que se tienen en cuenta otros determinantes.

consideradas, pues sólo están las que contribuyen de forma significativa al cambio en la probabilidad de votar. De aquí se pueden extraer las primeras conclusiones. En primer lugar, la educación, el tamaño de hábitat y la pertenencia a una asociación apolítica no influyen en la participación, aunque sí lo hacen el resto de determinantes individuales. Esto indica que entre las causas personales de la participación destaca sobre todo el compromiso político del individuo y mucho menos sus recursos, pues sólo influyen determinados tramos de edad, o el grado de integración social, entre cuyos indicadores únicamente destaca el estado civil.

En segundo lugar, ni las variables de movilización política ni el grado de proporcionalidad de la provincia inciden significativamente en la participación. Por el contrario, 3 de los 5 indicadores de la evaluación de la oferta política contribuyen significativamente a explicar la participación, la proximidad a un partido, la valoración de la labor de la oposición, y la evaluación de la situación política. Ni la valoración del gobierno, ni de la situación económica dan cuenta de los cambios en la propensión a participar. El hecho de que la evaluación de la gestión del gobierno no incida en la participación no implica que no sea una variable relevante. Al introducir en el análisis la valoración de la situación política junto con la variable de valoración del gobierno, ésta última deja de in-

cidir en la participación, lo que muestra sin duda que la gestión del ejecutivo es un componente esencial, aunque no único, de la situación política del país⁹.

En definitiva, hasta el momento se puede concluir que el fenómeno de la abstención depende esencialmente de factores puramente políticos, como el grado de compromiso del individuo y la evaluación que haga de la oferta política¹⁰. Los resultados sólo coinciden parcialmente con los estudios previos. El tamaño del hábitat, la pertenencia a una asociación, la movilización política y el grado de proporcionalidad de la provincia no afectan a la participación en el análisis de las elecciones de 2000 cuando sí lo hacían en el estudio de Boix y Riba para el período 1982-1996. En el caso del asociacionismo la razón bien puede estar en la utilización por parte de Boix y Riba de un indicador agregado y no individual, como es el nivel de asociacionismo en la provincia en vez de la declaración del individuo de pertenecer a una

⁹ *La correlación entre la valoración de la situación política y la valoración del gobierno es relativamente alta, de 0,53.*

¹⁰ *Conviene señalar que todas las variables consideradas guardan una relación significativa con la participación en los análisis bivariantes. Esto indica que o bien su relación con la abstención es espuria o bien simplemente hay otros factores más relevantes.*

asociación. Sin duda, medir el asociacionismo a título individual es más fiable que hacerlo mediante un indicador agregado. Algo parecido sucede con respecto a la movilización política: en ninguna de las encuestas que utilizan Boix y Riba se incluyen preguntas sobre la movilización política del entrevistado, por lo que los autores recurren a una medida agregada, el nivel de militancia provincial. Con todo, en este caso no se debe concluir que sea un factor irrelevante, pues son muy pocos los individuos que fueron contactados durante la campaña por un partido político, por lo que puede que la variable no sea significativa por falta de variabilidad.

¿Qué factores contribuyen de forma significativa y en qué medida a aumentar la probabilidad de acudir a las urnas? ¿Cuáles reducen la propensión a participar? En la tabla 2.3., se indica el efecto parcial de cada variable en la probabilidad de votar cuando el resto de factores adoptan valores determinados, que suelen ser valores medios. Queremos averiguar cuál es la probabilidad de votar de un individuo con determinadas características, y cuáles son los cambios que se producen en esa probabilidad de participar cuando en ese mismo individuo modificamos alguna de esas características, ya sea la edad, la ideología o cualquier otro factor. Nuestro individuo de referencia es un/a ciudadano/a típico/a. Desde un punto de vista

técnico, esto significa que las variables que lo definen adoptan el valor de la media si son continuas y el valor más frecuente (la moda) si son dicotómicas¹¹. El resultado es una persona con las siguientes características: joven (entre 18 y 29 años), con estudios primarios, soltero¹², residente en un municipio cercano a los de tamaño 50.001-100.000 habitantes, que no pertenece a una asociación, con poco interés por la política, que no se siente próximo a un partido, sin ideología, estando más bien de acuerdo con la afirmación ‘todos los partidos son iguales’, que cree que la gestión del gobierno ha sido regular (tirando a buena) y la labor de la oposición mala, que juzga la situación política y económica de regular (tirando a buena), que no ha sido contactado por un partido durante la campaña, que no ha seguido ninguna entrevista en televisión, y que resi-

¹¹ Para las variables dicotómicas no tiene mucho sentido adoptar el valor de la media, como se hace en el estudio de (Boix y Riba, 2000), ya que no resulta en absoluto intuitivo. Por ejemplo, si la variable en cuestión es el estado civil no se entiende qué significa que el individuo de referencia adopte el valor de la media, pues uno está casado o no lo está, mientras que sí se entiende que adopte el valor de la moda. Véase (Scott Long, 1997).

¹² En este caso no se trata de la moda para el conjunto de la muestra, aunque sí para los jóvenes.

de en una circunscripción con un grado medio de proporcionalidad (umbral electoral de 7,97). Pues bien, la probabilidad de votar de este individuo es del 71,6%. Recuérdese que la participación en la muestra es del 83,1%, 11,5 puntos porcentuales por encima de nuestro individuo de referencia.

Imaginemos que queremos averiguar cómo variará la probabilidad de votar de nuestro individuo de referencia si aumentamos su edad, pasando de ser joven (entre 18 y 29) a adulto (entre 40 y 49). El efecto parcial nos indica el cambio en la probabilidad de votar cuando el individuo pasa de los 18/29 a los 40/49 y el resto de características permanecen iguales. Supongamos ahora que queremos saber si nuestro ciudadano típico será más propenso a votar si en vez de no tener ideología es de izquierdas. En este caso, habrá que observar el cambio en la probabilidad de votar cuando el individuo adopta una y otra ideología, mientras todas las demás variables permanecen constantes.

Comencemos la exposición de resultados describiendo los efectos de la edad. En nuestro modelo, no todos los tramos de edad inciden en la probabilidad de participar. Tener entre 30 y 39 años o entre 40 y 49 no influye en la probabilidad de votar con respecto a tener entre 18 y 29 años. Si bien la abstención es más alta en el grupo más joven, las diferencias no son lo suficientemente grandes como para resultar estadística-

mente significativas¹³. Igualmente, tampoco afecta a la probabilidad de votar el tener entre 80 y 95 años, pues aunque el porcentaje de abstencionistas en este grupo es menor que en los de 30/39 y 40/49, aumenta en comparación con los grupos de edad comprendidos entre los 50 y 79 años¹⁴.

Sin embargo, cuando nuestro individuo de referencia deja de ser joven y adquiere una edad entre los 50 y 59 años, su probabilidad de votar en las elecciones de 2000 aumenta en 12,2 puntos porcentuales. Por tanto, por el mero hecho de tener más años, siendo idénticas el resto de características, la probabilidad de votar pasa a ser del 83,8%, casi igual a la participación declarada en el 2000, de 83,1%. El efecto es aún mayor cuando el individuo alcanza una edad entre los 60 y 69 años, el grupo más participativo. En este caso, el aumento en la probabilidad de votar es de 16,1 puntos porcentuales. Se trata de uno de los efectos más fuertes. Cuando la edad está entre los 70 y 79 años, la probabilidad de participar en las elecciones es de

¹³ El porcentaje de abstención entre los jóvenes de 18 a 29 años es de 18,6%, mientras que es de 13% para el grupo entre 30 y 39 y de 10% para el grupo entre 40 y 49.

¹⁴ En el grupo 80-95 se abstiene el 7,9%, mientras que en el grupo 50-59 lo hace el 4,7%, en el grupo 60-69 el 4,3% y en el grupo 70-79 el 5,9%.

13,9 puntos mayor que cuando se tiene entre 18 y 29 años, permaneciendo constantes el resto de características.

Estar casado, frente a estar soltero, separado, divorciado o viudo también contribuye a ser más propenso a participar. En este caso, el aumento es de 10,5 puntos porcentuales. De esta manera, cuando el individuo de referencia cambia su estado civil por el de casado su probabilidad de acudir a las urnas es del 82,1%, un punto porcentual por debajo de la media de participación declarada para el 2000.

Nuestro individuo de referencia tiene poco interés por la política, pues la media de esta

variable es de 3, correspondiendo el valor 1 al máximo interés por la política y el 4 al mínimo. Manteniendo constantes el resto de sus características, cuando el interés por la política cambia de la media al máximo, la probabilidad de votar se incrementa en 7,9 puntos porcentuales. Si el interés por la política pasa de su mínimo a su máximo y permanecen constantes el resto de variables, el aumento es aún más espectacular, de 20,2 puntos. Por tanto, por el mero hecho de tener mucho interés por los asuntos políticos en vez de ninguno, la probabilidad de participar llega a alcanzar el 91,8%.

Tabla 2.3. Determinantes de la participación
en las elecciones legislativas de 2000

	Cambios en la probabilidad de votar	
	Mínimo-máximo	Media-máximo
Características individuales		
<i>Recursos del individuo</i>		
Entre 50-59 años	12,2	
Entre 60-69 años	16,1	
Entre 70-79 años	13,9	
<i>Integración social</i>		
Casado	10,5	
<i>Compromiso político</i>		
Interés por la política	20,2	7,9
Proximidad a un partido	13,4	
Extrema izquierda	10,4	
Izquierda	10,5	
Centro-izquierda	14,3	
Centro-derecha	16,8	
Derecha	16,9	
Extrema derecha	13,9	
Evaluación de la oferta política		
Partidos iguales	-17	-8
Valoración de la oposición	-13,4	-6,9
Valoración de la situación política	-44,7	-14,2

Sentirse próximo a un partido, cualquiera que éste sea, también favorece considerablemente la participación. La proximidad a un partido produce un aumento en la probabilidad de votar de 13,4 puntos porcentuales. La probabilidad de votar del individuo de referencia cuando en él sólo cambia el estar cercano a un partido es del 85%, casi dos puntos porcentuales por encima de la media declarada de participación en el 2000.

Como es lógico, declarar cualquier ideología frente a no tener ninguna incrementa la probabilidad de acudir a las urnas. El individuo que no sabe o no quiere ubicarse en la escala ideológica es más propenso a la abstención que el que se coloca en cualquier posición de la escala. La tabla 2.3., recoge precisamente los aumentos en la probabilidad de votar cuando el individuo de referencia pasa de no declarar ninguna ideología a adoptar alguna de ellas. Los incrementos varían de los 10,4 puntos porcentuales que produce ser de extrema izquierda a los 16,9 puntos porcentuales provocados por el hecho de ser de derechas.

Las diferencias en los cambios en la probabilidad de votar según el tipo de ideología nos revelan un dato extremadamente interesante: la ideología que se declare incide en lo propenso que se sea a participar. Dicho de otro modo, la probabilidad de votar varía en función del signo político del individuo. ¿Qué ideologías favorecen la participación y cuáles

no lo hacen? En la tabla 2.4., se ha tomado como categoría de referencia ser de izquierdas, que corresponde con las posiciones 3 y 4 de la escala ideológica. Se muestra los cambios en la probabilidad de votar cuando el individuo adquiere cualquier otra ideología, permaneciendo constantes el resto de variables. Según se observa, la única posición que reduce la probabilidad de votar es la extrema izquierda, aunque la variación es sólo de 0,1 puntos. La ubicación en cualquier otra posición ideológica aumenta considerablemente la probabilidad de acudir a las urnas en las elecciones de 2000. El incremento más fuerte, de 6,4 puntos porcentuales, se produce cuando el individuo es de derecha (posiciones 6 y 7 de la escala ideológica). Cuando el individuo de referencia, tan poco propenso a votar, es de derechas en vez de izquierdas, su probabilidad de participar pasa del 82,1% al 88,5%. Ser de centro-derecha también fomenta la participación en las elecciones de 2000. Cuando el individuo pasa de la izquierda al centro-derecha (posición 6 de la escala ideológica), su probabilidad de votar aumenta en 6,3 puntos porcentuales. Algo menores son los efectos del centro-izquierda y de la extrema derecha. Ser de centro-izquierda (posición 5 de la escala ideológica) produce un incremento de 3,8 puntos porcentuales en la probabilidad de participar, mientras que el aumento es de 3,4 puntos para la extrema derecha.

Tabla 2.4. Cambios en la probabilidad de votar cuando el individuo pasa de ser de izquierdas a adoptar cualquier otra ideología

Extrema izquierda	-0,1
Centro-izquierda	3,8
Centro-derecha	6,3
Derecha	6,4
Extrema derecha	3,4

En definitiva, los individuos de extrema izquierda e izquierda, los que ocupan las posiciones de 1 a 4 en la escala ideológica, forman los grupos menos propensos a participar. La ubicación en cualquier otro punto de la escala, entre el 5 y el 10, favorece la participación y, muy en especial, la ubicación en la derecha y el centro derecha. Claramente, la propensión a la abstención en la izquierda es efecto de lo que ofrecen los partidos de izquierdas y no de cómo son los electores, pues no hay razones para pensar que la ideología pese menos en un individuo de izquierdas que en una persona de derechas. Antes de adentrarnos en las posibles explicaciones, conviene recordar que en ninguno de los estudios sobre elecciones anteriores el tipo de ideología tenía incidencia en la participación. (Boix y Riba, 2000), por ejemplo, muestran que ser de izquierdas o de de-

rechas no afecta a la probabilidad de votar en ninguna de las elecciones generales comprendidas entre 1982 y 1996.

Las características individuales no son los únicos determinantes de la participación en las elecciones de 2000. Cómo el ciudadano evalúe la oferta política también incide en la probabilidad de acudir a las urnas. En concreto, el creer que todos los partidos son iguales tiene un importante efecto en la participación. Cuando el grado de acuerdo con esa afirmación pasa de su mínimo a su máximo y permanecen constantes el resto de variables, la probabilidad de votar aumenta en 17 puntos porcentuales. Cuando el individuo de referencia pasa de estar más bien de acuerdo con que no hay diferencias entre partidos (media de 2,2, siendo 1 'muy de acuerdo' y 4 'nada') a estar muy en desacuerdo (por tanto, de la media al mínimo)

la probabilidad de que vote se incrementa en 8 puntos porcentuales. Al creer que no todos los partidos son iguales la probabilidad de votar de nuestro individuo pasa del 71,6% al 79,6%.

La valoración de la oposición también incide en la probabilidad de votar en las elecciones. Si la valoración pasa de muy mala a muy buena, manteniéndose constantes el resto de variables, el aumento en la probabilidad de acudir a las urnas es de 13,4 puntos porcentuales. Cuando nuestro individuo de referencia mejora su mala opinión de la labor de la oposición (de la media de 3,2 al mínimo, ya que 1 corresponde a 'muy buena' y 4 a 'muy mala'), el incremento en su probabilidad de votar es de 6,9 puntos porcentuales.

El efecto más espectacular en la probabilidad de participar es el que produce la valoración de la situación política. Al pasar la evaluación de 'muy buena' a 'muy mala', la probabilidad de participar cae en 44,7 puntos porcentuales. Si nuestro individuo de referencia mejora su valoración de la situación política, pasando de calificarla de regular (media de 2,6 en una escala de 1 'muy buena' a 5 'muy mala') a muy buena, la probabilidad de que vote aumenta en 14,2 puntos porcentuales. Así, por el mero hecho de considerar realmente mejor la situación política que vive el país, su probabilidad de acudir a las urnas pasa del 71,6% al 85,8%, 2,7 puntos por encima de la

media de participación declarada para las elecciones de 2000. Si excluimos del análisis la evaluación de la situación política y económica, la valoración del gobierno es estadísticamente significativa. De hecho, esta variable produce ahora uno de los efectos más fuertes en la participación: cuando se pasa de una valoración mínima a una máxima, la probabilidad de participar aumenta en 23,3 puntos porcentuales.

El resultado sobre el impacto de la valoración de la situación política se contradice con las conclusiones del estudio de (Boix y Riba, 2000). Los autores muestran que para el período 1982-1996 el juicio de los ciudadanos, a título individual, sobre la situación económica y política del país no tiene efectos en la abstención. En cambio, el nivel de satisfacción del electorado en su conjunto sí que tiene un efecto importante pero, curiosamente, contrario al que se ha descrito aquí. La participación es mayor cuando aumenta el porcentaje de ciudadanos insatisfechos con las condiciones políticas y económicas del país. Sin duda, el impacto de la valoración individual de la situación política en la participación es más fiable que el de una evaluación agregada, pues se trata de un efecto directo.

En definitiva, el perfil de ciudadano activo es el de un individuo de edad avanzada, casado, comprometido con la política, ya sea porque muestre interés por la misma o por-

que se sienta próximo a un partido, y que declare alguna ideología. Por el contrario, el ciudadano será menos propenso a participar si cree que todos los partidos son iguales, si valora negativamente la labor de la oposición, si ve con pesimismo la situación política del país y si su ideología es de izquierdas.

2.4. La abstención en la izquierda y sus razones

En España, la ideología es ahora una herramienta menos útil para predecir el comportamiento electoral de los individuos de izquierda que el de los de derecha. Las personas situadas en la izquierda no sólo se abstienen más que las que se colocan en la derecha, sino que también votan menos por los partidos que le son próximos, como PSOE e IU, de lo que lo hacen los individuos que se declaran conservadores con respecto al PP. Es decir, no todos los votos que los partidos de izquierda dejan de recoger se van a la abstención: algunos se dirigen al PP. En cualquier caso, lo que está ocurriendo en la izquierda es que el voto por proximidad ideológica se ha debilitado, cuando no ha sucedido lo mismo en la derecha.

La tabla 2.5., da cuenta de la evolución del voto por proximidad ideológica en España. La proximidad ideológica del individuo se mide por la distancia entre la autoubicación ideológica y la ubicación que se hace de los parti-

dos. Si la posición del entrevistado es más próxima a la posición donde él mismo sitúa al PP que a aquellas donde coloca al PSOE e Izquierda Unida, entonces se clasificará al individuo como próximo al PP. El encuestado es equidistante entre el PP y el PSOE cuando se sitúa a igual distancia de donde sitúa a estos partidos, y así sucesivamente¹⁵.

¹⁵ La tabla 4 es una ampliación de los resultados presentados por Ignacio Sánchez-Cuenca y la autora en 'Las consecuencias electorales de la corrupción', *Historia y Política*, 2, 2000: 69-92. La tabla se ha hecho con las encuestas postelectorales del CIS correspondientes a las elecciones de 1986, 1989, 1993, 1996 y 2000. En cada una de ellas creamos una variable que mide las distancias ideológicas entre la posición del entrevistado y las posiciones que el entrevistado atribuye al PP, al PSOE y a IU, según las siguientes definiciones. Siendo la posición ideológica del individuo i igual a I_i y las posiciones que i atribuye a los tres partidos como PP_i , $PSOE_i$ e IU_i , i está más cerca del PP que del PSOE e IU cuando $(|I_i - PSOE_i| > |I_i - PP_i|) \& (|I_i - IU_i| > |I_i - PP_i|)$; i está equidistante entre el PP y el PSOE cuando $(|I_i - PP_i| = |I_i - PSOE_i|) \& (|I_i - PSOE_i| < |I_i - IU_i|)$; i está más cerca del PSOE que del PP e IU cuando $(|I_i - PP_i| > |I_i - PSOE_i|) \& (|I_i - IU_i| > |I_i - PSOE_i|)$; i está equidistante entre el PSOE e IU cuando $(|I_i - PSOE_i| = |I_i - IU_i|) \& (|I_i - PSOE_i| < |I_i - PP_i|)$; i está más cerca de IU que del PSOE y el PP cuando $(|I_i - PP_i| > |I_i - IU_i|) \& (|I_i - PSOE_i| > |I_i - IU_i|)$.

La tabla muestra el recuerdo de voto según la proximidad ideológica del individuo. Algunos comentarios detallados son necesarios. En primer lugar, entre los que están más próximos al PP, se ha reforzado el voto por proximidad. Mientras que en 1989 sólo el 59,1% vota al PP, en 1993 ese porcentaje sube espectacularmente al 81% y llega al 82,5% en 1996, descendiendo hasta el 78,7% en el 2000. En cambio, entre los que se encuentran más próximos al PSOE que al PP o a IU lo que se observa es un progresivo debilitamiento del voto por proximidad. De hecho, mientras que en 1986 el 64,9% de los que estaban más próximos al PSOE vota a este partido, en 1996 ese porcentaje se ha reducido hasta el 54,9%. Pero la caída no se detiene ahí: en el 2000 sólo el 45% de los que están más cercanos al PSOE que a cualquier otro partido le vota, menos de la mitad de su electorado potencial. La tendencia al debilitamiento del voto ideológico sólo se quiebra en 1993, cuando sube con respecto a 1989. Es posible que este fuese el último año en que cierto segmento de votantes próximos al partido estuvo dispuesto a concederle una oportunidad adicional¹⁶.

¹⁶ Una interpretación más detallada de lo que sucedió con esos votantes en 1993 puede encontrarse en (Barreiro y Sánchez-Cuenca, 1998).

En segundo lugar, el porcentaje de los equidistantes entre el PP y el PSOE que acaba votando al PP aumenta claramente a lo largo del periodo: sólo el 24,7% votaron al PP en 1986, mientras que en el 2000 lo hizo el 57,3%. El aumento resulta especialmente notable a partir de 1993. En cambio, no se observa nada parecido si nos fijamos en los porcentajes de voto al PSOE entre los equidistantes PP-PSOE. Es más, el voto al PSOE ha caído en este grupo. Si en 1986, el 11,2% de los equidistantes PP-PSOE votaron por los socialistas, en marzo de 2000 únicamente lo hace el 5%¹⁷.

En tercer lugar, es bastante evidente que se produce una creciente transferencia de votos hacia el PP entre los que están más próximos al PSOE que a otro partido. Así, en 1986 y 1989 los porcentajes de gente próxima al PSOE que vota al PP se mantienen por debajo del 5%. En cambio, a partir de 1993 suben al 10,8% en ese año y al 17,2% en 1996. En el 2000, el porcentaje cae lige-

¹⁷ Esta asimetría entre lo que sucede con el voto al PSOE y al PP es comprensible si tenemos en cuenta el voto a otros partidos: la desaparición del CDS en 1993 y 1996 hace que en este grupo de equidistantes el voto a otros partidos baje del 60% en 1989 al 38,5% en 1993 y al 34,4% en 1996. Podría conjeturarse entonces que los antiguos votantes del CDS, a medio camino entre el PSOE y el PP, se pasan a este último partido a partir de 1993.

ramente al 16,3%. Es importante destacar el dato de que en 1996 un 17% de los que se encuentran más próximos al PSOE votó al PP y que en el 2000 lo hizo el 16%. No se aprecia nada parecido si invertimos la comparación, es decir, si nos fijamos en cuántos de los que están más próximos al PP votan al PSOE: ningún año se supera el 5%. De hecho, en marzo del 2000, sólo el 1,2% de los individuos próximos al PP vota al PSOE.

En cuarto lugar, en cuanto al electorado más a la izquierda, se puede advertir que entre los que se sitúan a igual distancia del PSOE e IU, tiene lugar un crecimiento en el voto al PP conforme pasa el tiempo (pasa del 0,8% en 1986 al 8,4% 14 años más tarde), así como una pérdida global de voto al PSOE, con la única excepción, ya comentada, de las elecciones de 1993. Entre los que se encuentran más próximos a IU que a los otros dos partidos, resulta sorprendente constatar lo mismo, un aumento sostenido de voto al PP, aunque nos movemos siempre en porcentajes por debajo del 5%. A diferencia de lo que sucede con el PSOE, en el caso de IU no se distingue un patrón a lo largo del tiempo. IU,

en general, consigue un porcentaje de voto mucho menor entre los que están más próximos a este partido que el PP o el PSOE.

Finalmente, el debilitamiento del voto por proximidad ideológica en la izquierda también ha tenido efectos sobre la abstención. Entre los cercanos al PP, el porcentaje de los que se dirigen a la abstención se ha mantenido relativamente bajo durante todo el periodo, salvo en las elecciones de 1989. En marzo de 2000, sólo el 3,5% de los individuos próximos al PP optó por abstenerse. En cambio, en el grupo de los que se sitúan más próximos al PSOE que a ningún otro partido, el porcentaje de abstencionistas ha ido creciendo, con la excepción de nuevo de 1993, desde el 3,9% en 1986 hasta el 7,6% en el 2000. La misma tendencia al alza, aunque algo más acentuada, se produce entre el grupo de individuos cercanos a IU: si en 1986 el 8,4% se abstuvo, el porcentaje aumenta al 16,7% en las últimas elecciones generales. Entre los equidistantes PSOE-IU, se abstuvo en la última convocatoria el 8,1%, aunque en este caso la evolución no muestra ninguna tendencia clara.

Tabla 2.5. Recuerdo de voto según las distancias ideológicas entre la posición del individuo y la posición de los partidos

Recuerdo de voto	Proximidad ideológica (diferencia entre ideología personal e ideología del partido)				
	Porcentajes verticales en cada año				
	PP	PP = PSOE	PSOE	PSOE = IU	IU
PP					
1986	72,7%	24,7%	2,6%	0,8%	0%
1989	59,1%	30,2%	4,2%	1,8%	0,6%
1993	81,0%	48,4%	10,8%	5,8%	3,2%
1996	82,5%	55,5%	17,2%	8,6%	4,6%
2000	78,7%	57,3%	16,3%	8,4%	4,8%
PSOE					
1986	3,8%	11,2%	64,9%	66,9%	35,2%
1989	5,3%	9,5%	60,7%	58,3%	19,9%
1993	3,7%	11,5%	63,0%	62,9%	31,0%
1996	3,7%	8,1%	54,9%	56,8%	26,1%
2000	1,2%	5,0%	45,0%	50,2%	21,0%
IU					
1986	0,1%	0%	1,5%	7,2%	28,4%
1989	0%	0%	2,3%	11,0%	49,2%
1993	1,6%	1,6%	3,0%	9,6%	40,7%
1996	0,8%	1,9%	3,4%	12,3%	42,7%
2000	0,4%	0%	2,0%	5,9%	26,6%
ABSTENCIÓN					
1986	3,3%	3,6%	3,9%	7,0%	8,4%
1989	8,3%	5,3%	5,1%	8,9%	9,3%
1993	2,8%	4,5%	4,5%	7,8%	7,0%
1996	2,2%	3,5%	5,0%	6,1%	10,0%
2000	3,5%	6,0%	7,6%	8,1%	16,7%

El fenómeno de la abstención en la izquierda es aún más nítido si se observa la procedencia ideológica de los que optaron por no votar en los comicios del 2000. En la tabla 2.6., se muestra la proximidad ideológica de los votantes del PP, PSOE, IU y de los abstencionistas. Entre los que decidieron no participar en las elecciones, el grueso lo componen individuos de izquierda: el 38% proviene de los cercanos a IU, el 30,8% de los próximos al PSOE y el 9,8% son equidistantes PSOE-IU. Si sumamos los tres grupos, nos encontramos con que del total de abstencionistas en las elecciones del 2000, el 78,6% procede de la izquierda. Nótese que el porcentaje se refiere a los individuos capaces de situar a los partidos en la escala ideológica y que, además, declaran alguna ideología. Del total de abstencionistas en el 2000 (incluyendo tanto a los que tienen ideología como a los que no la tienen), los individuos próximos a los partidos de izquierdas representan un poco más de un tercio, el 37,3%. Teniendo en cuenta que la abstención declarada fue del 10,6%, los partidos de izquierda podían haber obtenido en las últimas elecciones generales 3,5 puntos porcentuales más de voto de haber logrado al menos conquistar a su electorado potencial.

Como se observa en la tabla 2.6., el 6,8% de los que no votaron y declara alguna ideología son equidistantes PP-PSOE. Por tanto, casi la mitad de abstencionistas que declara ideología y sitúa a los partidos en la escala, el

47,4%, son próximos al PSOE o equidistantes entre el PSOE y otro partido político, ya sea PP o IU. Estos individuos representan el 22,5% del total de abstencionistas de la muestra. La conclusión es que el PSOE podía haber logrado 2,1 puntos porcentuales más de votos si hubiese obtenido el apoyo de los individuos próximos al partido o equidistantes entre el PSOE y otro que se abstuvieron. Por el contrario, los abstencionistas próximos al PP son relativamente pocos, el 14,7%. Estas personas representan únicamente el 6,9% del total de abstencionistas de la muestra, por lo que la movilización de esos ciudadanos por parte del PP les hubiese supuesto ganar menos de un punto porcentual de voto (0,65).

La tabla 2.6., también muestra cómo el debilitamiento del voto ideológico en la izquierda incide en el apoyo a los distintos partidos. Del total de los que votaron al PP en las elecciones de 2000, el 13,7% procede del grupo de próximos al PSOE, y el 13,4% del conjunto de equidistantes PP-PSOE. En cambio, sólo el 1,6% de los votantes del PSOE está más cerca del PP que de ningún otro partido y únicamente el 1,9% proviene de los equidistantes PP-PSOE. Es decir, el 27% de los electores del PP debía o podía haber votado al PSOE, mientras que sólo el 3,5% de los votantes socialistas debía o podía haber optado por el PP. Los populares también obtienen algo de apoyo entre los próximos a IU y los equidistantes PSOE-IU, el

4,4% en total, aunque, como es lógico, en este caso se beneficia más el PSOE, pues el

20,1% de su voto proviene de los equidistantes PSOE-IU y el 15,8% de los próximos a IU.

Tabla 2.6. Proximidad ideológica de los votantes del PP, PSOE, IU y abstencionistas en las elecciones de 2000

	Voto al PP	Voto al PSOE	Voto a IU	Abstención
PP	68,6%	1,6%	1,9%	14,7%
PP = PSOE	13,4%	1,9%	0%	6,8%
PSOE	13,7%	60,6%	10,7%	30,8%
PSOE = IU	2,1%	20,1%	9,2%	9,8%
IU	2,3%	15,8%	78,2%	38,0%
TOTAL	100% (1285)	100% (802)	100% (206)	100% (266)

¿Por qué se ha debilitado el ‘voto ideológico’ en la izquierda? ¿Por qué los individuos de izquierda son más propensos a la abstención que los de derecha? ¿Por qué una parte del electorado potencial del PSOE vota a la derecha?

Las respuestas a estas preguntas se encuentran sin duda en lo que ofrecen los partidos, y no en cómo son los electores, pues no hay razones para pensar que en los individuos de izquierda pese menos la ideología que en los de derechas, o que los primeros sean, en comparación con los segundos, más pro-

pensos a la abstención. Aquí se ofrecen dos posibles explicaciones.

La primera explicación es la siguiente¹⁸. En el debate público en España han surgido cuestiones, importantes para los electores, pero que no pueden ordenarse en el eje izquierda-derecha. Cuando se habla de la política sanitaria o de la educación, todos tenemos en mente cuál es la oferta propia de

¹⁸ Esta explicación, con ciertas variaciones, se encuentra en (Barreiro & Sánchez-Cuenca, 2000).

un partido de derechas y cuál es la de un partido situado en la izquierda. Sin embargo, hay asuntos en los que no caben las respuestas ideológicas pues todos los partidos, independientemente de su ubicación, pensarán al respecto exactamente lo mismo. Son cuestiones que no permiten la aparición de posiciones en desacuerdo¹⁹.

Uno de los asuntos que no se deja reducir al espacio de competición izquierda-derecha es el de la corrupción. En principio, todos los políticos, al margen de sus adscripciones ideológicas, condenarán cualquier manifestación de corrupción. Cuando la corrupción se convierte en una de las cuestiones principales de la política y además afecta más a un partido que al resto, podemos esperar que se debilite el voto por proximidad ideológica con respecto a ese partido. Esto es lo que ha podido ocurrir con el PSOE. Es posible que parte de los individuos próximos a este partido se hayan abstenido (o incluso hayan votado al PP) por no querer optar por una fuerza política salpicada por diversos escándalos. El PSOE también se pudo ver afectado por otro asunto que difícilmente se puede ordenar en la escala izquierda-derecha, como el de los GAL. Según muestra Maravall

¹⁹ *Son las valence issues de las que habla (Stokes, 1966), en las que todos, partidos y electores, piensan lo mismo.*

(2001), controlando por otros factores, la probabilidad de votar al PSOE disminuye conforme aumenta el rechazo hacia el asunto de los GAL²⁰.

La relevancia que pueden llegar a adquirir los casos de corrupción dependerá no sólo del número o gravedad de los escándalos o de cómo reaccione el partido afectado ante los mismos (si exige o no dimisiones inmediatas, etc.), sino también del uso que el partido contrincante haga de los sucesos ocurridos. En España, el Partido Popular explotó al máximo cada caso y convirtió la corrupción en uno de los problemas principales de la agenda política (recuérdese la frase ‘paro, despilfarro y corrupción’ que tanto se repitió en la campaña de 1993). Si lo hizo fue porque creyó que así podía ganar las elecciones, como de hecho ocurrió en 1996. Es bien sabido que en España el votante mediano, aquel que divide al electorado en dos y cuyo voto, en teoría, decanta la victoria, se sitúa más próximo al PSOE que al PP. Al favorecer la escala ideológica al PSOE, la estrategia del PP consistió en introducir en la agenda asuntos ajenos a cualquier adscripción ideológica, lo que sin duda le permitió recabar el voto de individuos más próximos al PSOE o equidistantes entre los dos parti-

²⁰ *Se trata del estudio 2133 de febrero de 1995, cuando el PSOE está aún en el poder.*

dos. La estrategia no es nueva: en Estados Unidos los republicanos introdujeron, a mediados del siglo XIX, una nueva dimensión en la política para poder ganar las elecciones, la esclavitud (Riker, 1986). En España, el PP superó el obstáculo de que el votante mediano se situara más próximo al PSOE explotando al máximo los asuntos de corrupción y el GAL para debilitar así la dimensión ideológica.

El recurso a cuestiones que no se pueden reducir al eje ideológico parece formar parte de una estrategia más general del PP. La identificación del PSOE como el partido del 'despilfarro' indica a los electores que, por muy próximas que sean sus ideas, no merece la pena apoyar a un equipo incapaz de utilizar adecuadamente los recursos públicos. Igualmente, la introducción en la agenda pública del debate sobre la constitución en las elecciones de 2000 muestra otro intento por sacar a la luz nuevas dimensiones políticas, en las que el PP, a diferencia de lo que ocurre en la dimensión ideológica, pueda aproximarse más al votante mediano.

Una segunda explicación de por qué se ha debilitado el voto ideológico en la izquierda podemos encontrarla en la valoración del gobierno y de la oposición. Es posible que aquellas personas que, siendo próximas al PSOE o equidistantes PSOE-PP o PSOE-IU, valoren mejor al gobierno que a la oposición o consideren que el PSOE lo habría hecho pe-

or de haber estado al frente del ejecutivo opten por abstenerse o incluso por votar al PP. En tal caso, los criterios ideológicos ceden ante el convencimiento de que el equipo del partido en el gobierno es mejor que el equipo del partido en la oposición.

Es posible poner a prueba esta hipótesis comparando las valoraciones del gobierno y de la oposición, así como las opiniones sobre cuál de los dos partidos está mejor preparado para dirigir diversas áreas políticas. La encuesta preelectoral incluye una pregunta en la que se pide al entrevistado que evalúe la gestión del gobierno y la actuación política de la oposición. Las posibles respuestas son 'muy buena', 'buena', 'regular', 'mala' y 'muy mala', correspondiendo el valor 1 a la máxima calificación y el valor 5 a la mínima. El total de entrevistados valora mejor al gobierno que a la oposición, pues la media para el primero es de 2,71 y para el segundo de 3,22.

Lo que nos interesa ahora es ver las evaluaciones del grupo de individuos próximos al PSOE o equidistantes PP-PSOE o IU-PSOE en función de si se abstuvieron, votaron al PSOE o al PP. Es de esperar que aquellos que, a pesar de proceder de un segmento ideológico similar, optaron por el PP valoren mejor su gestión que los que se decidieron por el PSOE. Pero, ¿qué sucede con los abstencionistas? ¿Cómo valoran al gobierno y a la oposición? La tabla 2.7., nos ofrece una respuesta.

Los individuos que, pese a estar próximos al PSOE o equidistantes entre este partido y otro, optaron por no votar valoran mejor la labor del gobierno que la de la oposición. La evaluación media para el gobierno es de 2,89, 0,38 puntos mayor que la de la oposición, de 3,19. Los abstencionistas de izquierda o centro-izquierda aprueban por término medio la gestión de PP pero no la de la oposición, si consideramos que cualquier valor por debajo del 3 (la mediana) corresponde a un aprobado y los valores por encima a un suspenso. Lo mismo ocurre con el grupo de individuos próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU que votaron al PP: su valoración media del gobierno, de 2,24, es mejor que la de la oposición, de 3,26. En este caso, la diferencia de medias es aún mayor, pues es de casi un punto. Por el contra-

rio, los que, procediendo de las mismas posiciones ideológicas, votaron por el PSOE tienen mejor opinión de la labor de este partido en la oposición que de la del gobierno. De hecho, la oposición obtiene por término medio el aprobado, con una media de 2,80, pero no la labor del PP (media de 3,18).

En definitiva, se puede concluir que la abstención y el voto al PP entre los individuos de izquierda o centro-izquierda pudo deberse, entre otros factores, a su aprobación de la gestión del gobierno y a su desaprobación de la actuación de la oposición. Sin duda, el hecho de que el PSOE estuviese muy centrado en sus problemas internos (no hay que olvidar que el partido contó con tres secretarios generales en cuatro años), contribuyó a la mala opinión que se formaron algunos ciudadanos de su gestión.

Tabla 2.7. Valoración media del gobierno y oposición entre los individuos próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP, PSOE-IU, según su recuerdo de voto

	Gobierno	Oposición
Abstención	2,89	3,19
Voto PSOE	3,18	2,80
Voto PP	2,24	3,26

Tradicionalmente, la mayoría de los ciudadanos en España ha considerado que el PSOE estaba más preparado que el PP para hacer frente a diversas políticas, y muy en especial a las políticas sociales. Así, por ejemplo, incluso en 1996, año en el que el PSOE pierde las elecciones, el PSOE aparece como el partido mejor preparado en 6 de 11 áreas políticas: prestaciones sociales, pensiones, reducción de las desigualdades sociales, enseñanza pública, sanidad pública y relaciones con las Comunidades Autónomas²¹. Ese año el PP sólo gana en dos de once políticas, la corrupción y la seguridad ciudadana. Tanto en la lucha contra la droga, la reducción del paro como en la posibilidad de lograr un pacto social los dos partidos salen igual parados. De hecho, el que una amplia mayoría considerase tanto en 1986, 1989 y 1993 que el PP era igual o peor opción que el PSOE para gobernar España pesó en el apoyo electoral al partido socialista (Sánchez-Cuenca & Barreiro, 2000)²². Y es que el voto al partido en el gobierno no sólo depende de cómo se evalúe su gestión sino también del juicio sobre cómo lo haría otra fuerza política de ser la responsable (Fiorina, 1981).

En la encuesta preelectoral de 2000 se pide al

entrevistado que diga si cree que el PSOE lo hubiera hecho mejor, igual o peor en el gobierno en relación a una serie de políticas, diez en total. Cuando la respuesta es que el PSOE lo haría mejor se ha dado valor 1, cuando se dice que el PP es mejor opción se ha dado valor -1 y cuando se cree que los dos lo hubieran hecho igual, el valor otorgado es 0. Se ha calculado las medias para cada política. Por tanto, los valores positivos indican que el PSOE es el partido más preparado en ese ámbito político, las respuestas negativas indican que las cosas están mejor con el PP y las cercanas a 0 que los dos lo hubiesen hecho igual. Según se puede observar en la tabla 2.8., el PP aparece como el partido mejor preparado en 7 de 10 áreas políticas. Las áreas en las que el gobierno destaca son, por este orden, economía, empleo, terrorismo, seguridad ciudadana (estas dos por igual), integración europea, sanidad y desarrollo autonómico (estas dos por igual). Lo más sorprendente es que los ciudadanos perciban que el PP está mejor preparado que el PSOE para hacer frente a la sanidad, cuando las políticas sociales siempre habían sido el punto fuerte de los socialistas. Resulta chocante también que los ciudadanos no perciban al PSOE como el mejor preparado en ninguna política y que en un área como la educación, tan bien valorada en la etapa socialista (Sánchez-Cuenca & Barreiro, 2000), crean ahora que los dos partidos lo harían igual. Lo mismo

²¹ Véase (Sánchez-Cuenca & Barreiro, 2000).

²² En 1996 no se hace la pregunta.

Tabla 2.8. Partido mejor preparado en 10 políticas:
PSOE (1), PP (-1), igual (0)

	Media	Desviación típica	N
Empleo	-0,20	0,68	4220
Educación	-0,05	0,69	4168
Sanidad	-0,10	0,68	4227
Economía	-0,26	0,66	4211
Integración europea	-0,12	0,64	4121
Terrorismo	-0,14	0,63	4195
Seguridad ciudadana	-0,14	0,60	4213
Inmigración	-0,03	0,68	4094
Desarrollo autonómico	-0,10	0,64	4048
Medio ambiente	-0,04	0,64	4133

sucede en inmigración y medio ambiente. En suma, la pauta de considerar que el PP estaba peor preparado no sólo se ha invertido sino que en 2000 el PSOE no aparece como mejor partido en ninguna política. ¿A qué se debe este cambio? No cabe duda de que parte de la explicación reside en algunos logros económicos del gobierno popular. Por mencionar sólo algunos indicadores de la economía española: la tasa media de incremento anual del Producto Interior Bruto fue del 3,4% en el trienio 1996-1999 y de 3,7% en 2000, superando en ambos casos a la de la Unión Europea; además, tras un período de

destrucción de empleo (1991-1995), la tasa media de incremento anual alcanzó el 2,7% en el período 1996-1999 y el 2,6% en 2000. Los resultados también fueron positivos con respecto a la inflación, pues se registró, durante la primera legislatura del PP, la tasa más baja de la segunda mitad de siglo (Jiménez, 2001). La recuperación de la economía, que de hecho había comenzado durante la última legislatura socialista, permitió que en 1999 España entrase en la Unión Económica y Monetaria. No es el momento de entrar ahora a valorar la responsabilidad del gobierno en estos

asuntos: es probable que se hubiesen cosechado los mismos éxitos de haber estado el PSOE en el poder. El caso es que los ciudadanos perciben que el partido en el gobierno es el mejor para lidiar con la economía. Resulta más extraño, sin embargo, que los ciudadanos consideren que el PP es también el más preparado para hacer frente a la sanidad, ya que el gasto social ha disminuido: si en 1996, cuando los populares llegan al poder el gasto en protección social representaba el 21,2% del PIB, tras cinco años de gobierno el porcentaje desciende a 18,6. Si bien es cierto que la caída del gasto social había comenzado durante la última legislatura socialista (3,2 puntos porcentuales entre 1993 y 1996), en los 11 primeros años de gobierno del PSOE el aumento en gasto social fue de 6,4 puntos (Comisión Europea). Sin duda, constituye un logro del PP el haber sabido convencer a muchos españoles de que su gestión en distintas áreas era buena, independientemente del grado de responsabilidad que tuviese en los resultados obtenidos o en los avances objetivos realizados. Puede que también haya contribuido a la buena opinión de la gestión del PP las bajas expectativas que mostraban los ciudadanos incluso en 1996, pues muchos eran los que pensaban, en gran medida alentados por el PSOE, que el 'programa oculto' de los populares pasaba por desmantelar el Estado de Bienestar. El que una vez en el gobierno el

PP respetase el camino andado, aun sin avanzar, ha sido razón suficiente para hacer de la nada virtud²³.

Las opiniones sobre cuál de los dos partidos está más preparado para dirigir diversas áreas políticas pueden también contribuir a inclinar la balanza a favor del PP, del PSOE o de la abstención, entre los individuos de izquierda o centro-izquierda. Cabe esperar que aquellos que crean que el PSOE lo haría mejor en la mayoría de las políticas se decanten por este partido, que los que crean que lo haría peor opten por el PP y que los que piensen que lo haría igual se abstengan. En la tabla 2.9., se pueden comprobar estas hipótesis.

Entre los individuos próximos al PSOE o equidistantes con otro partido, aquellos que optaron por la abstención creen mayoritariamente que los dos partidos gestionarían igual 8 de las 10 políticas incluidas. Las excepciones son la economía, donde gana el PP, y la inmigración, donde gana el PSOE. Por tanto, los abstencionistas de izquierda o centro-izquierda no ven casi diferencias en las capacidades del PP y del PSOE al frente del gobierno. Por el contrario, el PSOE aparece como el mejor partido en las 10 políticas entre aquellos que optaron después por votarle. Las áreas en las que los socialistas

²³ Este argumento se defiende en Barreiro, 2001.

salen mejor parados son las políticas redistributivas o con una clara dimensión social, como la educación, la sanidad y la inmigración. Las de peor valoración son, por este orden, la seguridad ciudadana, la economía, el terrorismo y el empleo. El PP es la mejor op-

ción en todas las políticas para aquellos que, estando próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU, votan a los populares. El PP sale especialmente fuerte en economía, empleo, sanidad y terrorismo, y más débil en medio ambiente, inmigración, desarrollo au-

Tabla 2.9. Opinión sobre el partido mejor preparado en 10 políticas entre los próximos al PSOE y equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU, según recuerdo de voto: PSOE (1), PP (-1), igual (0)

	Abstención	Voto PSOE	Voto PP
Empleo	-0,05	0,35	-0,54
Educación	0,07	0,48	-0,32
Sanidad	0,09	0,43	-0,41
Economía	-0,16	0,29	-0,59
Integración europea	0,00	0,38	-0,33
Terrorismo	-0,00	0,32	-0,38
Seguridad ciudadana	-0,00	0,27	-0,37
Inmigración	0,03	0,44	-0,27
Desarrollo autonómico	0,00	0,37	-0,31
Medio ambiente	0,11	0,40	-0,24

tonómico y educación.

En definitiva, entre los individuos próximos al PSOE o equidistantes con otro partido, los que dan su voto a los socialistas les veían antes de la campaña como los mejores en todas las áre-

as políticas, mientras que los que se deciden por el PP creían que éste era el más capaz en todos los ámbitos. Los individuos de izquierda o centro-izquierda que se abstienen no ven diferencias entre uno y otro partido a la hora de

gestionar la casi totalidad de las políticas.

2.5. Características sociodemográficas de los abstencionistas de izquierda

¿Cómo son los individuos próximos al PSOE o a igual distancia PSOE-PP/PSOE-IU que optan por la abstención en las elecciones de 2000? ¿En qué se diferencian de los que, procediendo de las mismas posiciones ideológicas optan por el PSOE? ¿En qué lo hacen de los que se decantan por el PP?

En este apartado se estudian las características sociodemográficas de los abstencionistas que debían o podían haber votado al PSOE, y se los compara con los que, con una misma ideología, optaron por los socialistas y los populares. En concreto, se analiza la edad, nivel de estudios, clase social, estado civil y tamaño de hábitat de estos grupos.

La tabla 2.10., muestra la distribución por grupos de edad entre los abstencionistas, votantes del PSOE y del PP. El grupo de más peso dentro de los que se abstuvieron en las elecciones de 2000 son los que tienen una edad comprendida entre los 18 y los 29 años,

el 43% del total. Se trata, claramente, de un grupo sobrerrepresentado dentro de los abstencionistas del área cercana al PSOE y dentro del total de abstencionistas. El segundo grupo en importancia, con más representación de lo normal, son aquellos entre 30 y 39, el 24,6% del total de abstencionistas próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU. También tiene más peso entre los abstencionistas que en el conjunto de la muestra los individuos entre 40 y 49 años, representando el 18,3% del total de la abstención. Por el contrario, entre el total de abstencionistas (tanto de izquierdas como en general) son muy pocos los que están entre los 50 y los 95 años. El 5,6% del los abstencionistas de izquierda o centro-izquierda tienen entre 50 y 59, el 6,3% entre 60 y 69 y el 2,4% entre 70 y 95. Su peso en la abstención es bastante menor al que tienen en el conjunto de la muestra. Entre los individuos cercanos al PSOE o equidistantes con otro partido que se decantaron por este partido o votaron al PP, los distintos grupos de edad están normalmente representados, con la única excepción del menor peso de los ma-

Tabla 2.10. Distribución por grupos de edad

	Toda la muestra		Próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU		
	Total	Abstención	Abstención	Voto PSOE	Voto PP
18-29	23,9%	41,8%	42,9%	21,5%	23,7%
30-39	19,1%	23,6%	24,6%	20,2%	23,5%
40-49	15,5%	14,6%	18,3%	17,2%	18,9%
50-59	14,0%	6,3%	5,6%	15,3%	16,5%
60-69	14,1%	5,7%	6,3%	13,7%	9,1%
70-95	13,5%	8%	2,4%	12,1%	8,2%
Totales	100% (5283)	100% (560)	100% (126)	100% (662)	100% (375)

() Número de casos

yores de 70 entre los que optan por los populares.

Entre los abstencionistas próximos al PSOE o equidistantes con otro partido, tienen escaso peso los menos educados (tabla 2.11.). Si bien el 32,8% de los que no votaron se declara con estudios primarios, el porcentaje está por debajo de lo que este grupo representa en el total de la muestra, el 45,1%. Además, sólo el 1,6% no tiene estudios. Los individuos con estudios universitarios superiores, siendo el 8,2% de la muestra, suponen el

7,2% de la abstención. En cambio, los que han realizado estudios secundarios, formación profesional o estudios universitarios medios, pesan más en la abstención de lo que lo hacen en el conjunto de la muestra. El 28% de los abstencionistas tiene estudios secundarios, el 16,8% formación profesional y el 13,6% estudios universitarios de grado medio. Aquellos que han hecho estudios secundarios también están sobrerrepresentados entre los que votan al PP, aunque no se observa ninguna otra pauta clara entre los pró-

Tabla 2.11. Distribución por nivel de estudios

	Toda la muestra		Próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU		
	Total	Abstención	Abstención	Voto PSOE	Voto PP
Sin estudios	9,4%	5,7%	1,6%	9,9%	3,5%
Primarios	45,1%	38,4%	32,8%	46,6%	41,1%
Secundarios	16,8%	21,5%	28%	16,4%	22,4%
Formación Profesional	11,9%	17,2%	16,8%	13,1%	12,5%
Universitarios medios	8,6%	10,4%	13,6%	7,1%	9,9%
Universitarios superiores	8,2%	6,8%	7,2%	7%	10,7%
Totales	100% (5256)	100% (558)	100% (125)	100% (659)	100% (375)
() Número de casos					

ximos al PSOE o equidistantes con otro partido que optan por los socialistas o populares. Por lo que respecta a la clase social (tabla 2.12.), entre los abstencionistas próximos al PSOE o equidistantes con otro partido, los trabajadores no manuales representan el 20,3% del total de la abstención. Se trata no sólo del grupo más importante sino también con más peso del que tiene en el conjunto de la muestra (11,9% del total de la muestra). La clase obrera, tanto los trabajadores manuales cualificados como los manuales sin cualificar, tiene algo más de peso en la abstención que en el conjunto de la mues-

tra, representando el 13,6% y el 17,8% del total de los abstencionistas. No es ninguna sorpresa el que los jóvenes sean el 16,9% de los que no votaron en el 2000, siendo próximos al PSOE o equidistantes con otro partido. Se trata, obviamente, de un grupo con mayor peso del que tiene en el conjunto de la muestra. Por otro lado, tanto los jubilados como las amas de casa son grupos con menos representación entre los abstencionistas de 'izquierda' que la que tienen en el total de la muestra. Los jubilados tienen igual de poca presencia entre los que optan por el PP. Por lo demás, los propietarios y la clase

Tabla 2.12. Distribución por clase social

	Toda la muestra		Próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU		
	Total	Abstención	Abstención	Voto PSOE	Voto PP
Sin estudios	9,4%	5,7%	1,6%	9,9%	3,5%
Propietario	4,7%	4,5%	2,5% (3)	3%	4,2%
Clase servicio	9%	9,5%	7,6% (9)	7,9%	11,9%
No manual	11,9%	13,8%	20,3%	9,2%	15,3%
Manual cualificado	10,4%	14,7%	13,6%	13,5%	11,1%
Manual no cualificado	12,5%	16,2%	17,8%	15,2%	14,4%
Jubilado	24,2%	14,3%	8,5%	23,1%	16,9%
Ama de casa	17,9%	12,6%	12,7%	16,6%	18,3%
Joven	8,7%	14,5%	16,9%	11,0%	7,2%
Resto	0,7%	0%	0%	0,5%	0,6%
Totales	100% (5116)	100% (538)	100% (118)	100% (644)	100% (360)
() Número de casos					

servicio tampoco destacan entre los abstencionistas, el 2,6% y el 7,6% del total.

La tabla 2.13., muestra la distribución por estado civil. Cabe destacar el menor peso de los casados entre los abstencionistas próxi-

mos al PSOE o equidistantes con otro partido, pues si bien representan el 62,6% del total de la muestra, suponen el 44% de este grupo de abstencionistas. Los casados, por el contrario, tienen algo más de peso entre

Tabla 2.13. Distribución por estado civil

	Toda la muestra		Próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU		
	Total	Abstención	Abstención	Voto PSOE	Voto PP
No casado	37,4%	56%	56%	31,9%	34,9%
Casado	62,6%	44%	44%	68,1%	65,1%
Totales	100% (5255)	100% (555)	100% (125)	100% (662)	100% (375)

() Número de casos

los que optan por el PSOE.

Según se observa en la tabla 2.14., el grupo que más claramente pesa entre los abstencionistas próximos al PSOE o equidistantes con otro partido que en el conjunto de la muestra es el de los que habitan en municipios entre 400.001 y 1.000.000 de habitantes, ya que siendo el 6,7% del total de entre-

vistados representan el 11,9% del grupo de abstencionistas. Los individuos que residen en municipios entre 100.001 y 400.000 habitantes son el 27,8% de los abstencionistas próximos al PSOE o equidistantes con otro partido, siendo su peso en la muestra algo menor, el 22,8%. Por el contrario, aquellos que provienen de municipios de 10.000 o menos habitantes componen el 16,7% del

Tabla 2.14. Distribución por tamaño de hábitat

	Toda la muestra		Próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU		
	Total	Abstención	Abstención	Voto PSOE	Voto PP
Menor de 2.000	7,9%	4,5%	3,2%	7,6%	6,9%
De 2.001 a 10.000	16,6%	15%	13,5%	19,3%	13,9%
De 10.001 a 50.000	24,8%	25,4%	23%	19,8%	25,6%
De 50.001 a 100.000	9,6%	9,3%	10,3%	11,9%	9,6%
De 100.001 a 400.000	22,8%	28,6%	27,8%	21%	24,3%
De 400.001-1.000.000	6,7%	6,8%	11,9%	5,7%	9,9%
Más de 1.000.000	11,5%	10,5%	10,3%	14,7%	9,9%
Totales	100% (5283)	100% (560)	100% (126)	100% (662)	100% (375)

total de abstencionistas y el 24,5% del total de la muestra.

Según lo expuesto hasta ahora, el perfil del individuo próximo al PSOE o equidistante PSOE-IU/PSOE-PP que se abstiene sería el si-

guiente: una persona joven (en todo caso menor de 50 años), con cierta educación (estudios secundarios o formación profesional o estudios universitarios medios), trabajador no manual, soltero y residente en un

A PARTICIPACIÓN ELECTORAL DE LOS JÓVENES

L municipio de entre 400.001 y 1.000.000 de habitantes.

Tanto en España como en otras democracias, los jóvenes votan menos que los adultos. Para el período 1982-2000 (tabla 3.1.), la participación electoral media declarada es del 75,9% para los jóvenes (individuos entre 18 y 29 años) y del 89,6% para los adultos (personas con más de treinta años). Por tanto, por término medio la asistencia a las urnas de los individuos de más de treinta años ha sido 13,7 puntos mayor que la de los menores de treinta.

Según se observa en la tabla 3.1., la participación en elecciones declarada por los jóvenes aumenta entre 1982 y 1993. En 1982, el 57% de los jóvenes acudía a las urnas. La participación aumenta en 1,5 puntos porcentuales en 1986 y se dispara hasta el 83,9% en 1989, creciendo en cuatro años 25,4 puntos.

En 1993 la asistencia de los jóvenes a las urnas aumentó todavía más, 3,6 puntos. Tres años más tarde se registra la misma tasa de participación, de 87,5%, mientras que en las elecciones de 2000 se produce una caída de la misma hasta el 81,4%.

Las diferencias en las tasas de participación con respecto a los adultos decrecen entre 1982, año en el que la tasa de participación de los más viejos es de 35,7 puntos porcentuales mayor que la de los jóvenes, y 1993, cuando la diferencia entre ambos grupos es sólo de 4,7 puntos. A partir de las elecciones de 1993, las diferencias se vuelven a agrandar: en 1996 la tasa de participación de los jóvenes se ha mantenido constante pero ha aumentado en dos puntos la de los adultos, y en 2000 el porcentaje de participantes entre 18 y 29 años es 6,1 puntos menor que en la convocatoria anterior, mientras que la

Tabla 3.1. Tasas de participación electoral entre jóvenes y adultos en España

	1982	1986	1989	1993	1996	2000	Media
Jóvenes (18-29 años)	56,9%	58,5%	83,9%	87,5%	87,5%	81,4%	75,9%
Adultos (más de 30 años)	92,6%	74,7%	92%	92,2%	94,2%	91,9%	89,6%
Diferencias	-35,7	-16,2	-8,1	-4,7	-6,7	-10,5	13,7

Fuente: Cis, Estudios 1327, 1542, 1842, 2061, 2210, 2384

caída para los individuos mayores de treinta años ha sido menor de 3,3 puntos.

¿Por qué los jóvenes participan menos en elecciones legislativas que los adultos? ¿Qué les empuja a abstenerse? En teoría, es posible ofrecer dos respuestas generales. Primero, puede que los jóvenes voten menos que los adultos porque, aun siendo idénticos los determinantes de la participación en ambos casos, la distribución de determinadas características, opiniones o actitudes difiera considerablemente entre ambos grupos. Tal sería el caso, por ejemplo, si descubriésemos que la valoración de la situación política, que incide mucho en la participación, es distinta entre los jóvenes que entre los adultos. Puesto que una valoración negativa reduce la propensión a participar, se podría explicar parcialmente la baja participación de los jóvenes si se observase que éstos tie-

nen mucha peor opinión de la situación política que los adultos. Segundo, podría ocurrir que la distribución de características, opiniones y actitudes fuese idéntica en los dos grupos pero que los determinantes de la participación difiriesen. Este sería el caso, por ejemplo, si la valoración de la situación económica no incidiese en el comportamiento de los adultos pero sí lo hiciese en el de los jóvenes. Obviamente, ambas explicaciones pueden darse a la vez. El estudio de las causas de la baja participación electoral entre los jóvenes requiere así observar cómo se distribuyen las distintas variables entre los dos grupos y cómo influye cada uno de los determinantes en la probabilidad de participar de los individuos de cada grupo. Se ha recurrido aquí al modelo utilizado en el segundo apartado, con la única diferencia de que ahora se excluye la edad como varia-

ble explicativa. Se ha dividido la muestra en dos grupos: los individuos entre 18 y 29 años (jóvenes) y los que tienen más de treinta (adultos). Se trata de llevar a cabo dos análisis separados, uno en el que se estudie cómo afectan los determinantes considerados al comportamiento de los jóvenes y otro en el que se haga lo mismo para los adultos. En el apéndice se da cuenta del procedimiento seguido y de los detalles técnicos.

Se consideran cuatro tipos de determinantes, los factores individuales, la evaluación de la oferta política, la movilización política y el contexto institucional de la elección. Entre los determinantes individuales, se encuentran los recursos del individuo, su grado de integración social y su grado de compromiso con la política. Los recursos se miden ahora sólo con la educación del entrevistado, al haberse excluido la edad entre las variables explicativas. Siguiendo a Rosenstone y Hansen (1993), conforme más recursos tenga el individuo, más propenso será a participar, ya que de más información o experiencia dispondrá para enfrentarse a asuntos políticos complejos.

La integración social se mide por el estado civil, la pertenencia a alguna asociación voluntaria de carácter no político y el tamaño de hábitat. Una mayor integración del individuo le hace más dispuesto a participar porque las redes sociales son una fuente esencial de información y pueden transformarse además

en un mecanismo de presión. En este sentido, los casados, los individuos que pertenecen a alguna asociación política y los que habitan en medios rurales deberían ser más propensos a la participación que los solteros, los que no forman parte de ninguna asociación y los que viven en ciudades.

Asimismo, un fuerte compromiso con la política favorece, como es obvio, la participación. Tanto el interés por la política, la proximidad a algún partido político o la tenencia de alguna ideología son buenos indicadores para observar el grado de compromiso político del individuo. También incide en la participación la evaluación de la oferta política. Cabe esperar que cuando los individuos piensen que todos los partidos son iguales, cuando valoren negativamente la gestión del gobierno y de la oposición y cuando crean que la situación política y económica del país es mala, su propensión a participar decaiga.

La movilización política formaba parte del modelo explicativo original. El supuesto es que cuando los partidos movilizan a los electores, éstos se hacen más proclives a participar. Se considera que una persona ha sido movilizada cuando ha sido contactada por un partido político durante la campaña y cuando ha seguido una entrevista en televisión con algún candidato electoral.

Finalmente, el contexto institucional de la elección podría incidir en la participación. La

única institución que varía en las elecciones españolas es el tamaño de la provincia, en la medida en que conforme más escaños se disputan más proporcionalidad habrá entre votos y escaños²⁴.

En los resultados que se presentan sobre los determinantes de la participación entre los jóvenes y los adultos se indican los efectos parciales de cada variable en la probabilidad de votar. Se pretende conocer las probabilidades de participar de un individuo joven y de una persona adulta con determinadas características y los aumentos y disminuciones en esas probabilidades cuando variamos alguna de sus características.

Los dos individuos de referencia, el de los jóvenes y el de los adultos, son de nuevo dos ciudadanos típicos/as. Esto significa, técnicamente, que las variables independientes adoptan el valor de la media si son continuas y de la moda si son dicotómicas. El ciudadano adulto de referencia es una persona con estudios primarios, casado, que no pertenece a ninguna asociación, que habita en un municipio con una población entre 50.000 y 100.000 habitantes, con poco interés por la política, que no se siente próximo a ningún

partido, sin ideología, que está más bien de acuerdo con la afirmación 'todos los partidos son iguales', que cree que la situación política es regular tirando a buena y la económica regular, que considera que tanto el gobierno como la oposición lo han hecho regular, que no ha sido movilizado por ningún partido durante la campaña (ni ha sido contactado por algún partido, ni ha visto ningún debate en T.V.), y que vive en un municipio en el que se disputan 8 escaños. El individuo joven de referencia se distingue del adulto en que está soltero, es más urbano, tiene peor opinión de la situación política, de la gestión del gobierno y de la labor de la oposición y habita en un municipio con algo más de proporcionalidad. En el resto de características el joven y el adulto son similares.

La probabilidad de votar de nuestro adulto de referencia en 2000 es mayor que la de joven. La persona de más de treinta años, tal y como la hemos definido, tiene una probabilidad de participar del 88,5%, mientras que la probabilidad para el menor de treinta años es del 69,6%, 18,9 puntos porcentuales menor. Recuérdese que, en la encuesta de 2000, el porcentaje de participantes entre los adultos es 91,9 y entre los jóvenes 81,4. ¿Cómo son las relaciones de los jóvenes con la política? ¿Se esfuerzan los partidos por contactar con los individuos menores de treinta años? ¿Se sienten los jóvenes próximos a los partidos? ¿Muestran los jóvenes

²⁴ Tal y como se hizo en el capítulo 2, la proporcionalidad de cada provincia se mide con el umbral electoral efectivo de Lijphart: $\text{umbral electoral efectivo} = 75\%/(M+1)$, siendo M el tamaño de la circunscripción.

interés por la política? ¿Cómo afecta la distancia con la política a la propensión a abstenerse? Por otro lado, ¿qué opiniones guardan los jóvenes de lo que hacen los partidos? ¿Cómo valoran los jóvenes la situación económica y política del país? ¿De qué manera inciden esas opiniones en sus comportamientos? ¿Son las malas evaluaciones de la política causa de desmovilización?

El análisis realizado permite dar respuesta a estos interrogantes. Se puede destacar, en concreto, dos resultados generales. El primero tiene que ver con la relación de los jóvenes con la política y el segundo trata sobre las opiniones que tienen los jóvenes de lo que hacen los partidos y de los resultados económicos alcanzados.

Comencemos con la relaciones de los jóvenes con la política. Aunque los partidos inviertan los mismos esfuerzos en la movilización de los jóvenes que en la de los adultos (e incluso algo más en los jóvenes), y pese a que el interés declarado por ambos grupos sea similar, los individuos con menos de treinta años se sienten, por término medio, menos próximos a los partidos que las personas con más edad. La distancia que marca la relación de los jóvenes con la política no impide, sin embargo, que éstos sean bastante más sensibles que los adultos a las estrategias de movilización de los partidos. Igualmente, el compromiso político pesa más en el joven que en el adulto. Los jóve-

nes están más alejados de los partidos que los adultos pero son más fáciles de persuadir.

Por lo que respecta a los juicios sobre lo que hacen los partidos, los jóvenes no tienen peor opinión que los adultos de la labor llevada a cabo por el PSOE en la oposición durante la legislatura 1996-2000, ni de la situación económica del país, aunque sí que se muestran algo más críticos tanto con la situación política como con la gestión de la oposición. Sin embargo, una opinión negativa sobre cómo lo hacen los partidos y cómo es la situación por la que atraviesa el país influye más en el joven que en el adulto. Los juicios negativos sobre actuaciones de los políticos y sobre la marcha de la economía constituyen una fuente esencial de desmovilización entre los menores de treinta años, mientras que su peso es claramente inferior entre las personas de más edad.

La relación de los ciudadanos con la política es consecuencia no sólo del compromiso que sientan hacia la misma, sino también de lo que hagan los partidos por incentivar ese compromiso. Las personas pueden estar más o menos comprometidas con la política, lo que dependerá de la procedencia familiar del individuo, del entorno en el que viva y de sus propios gustos personales, pero los partidos tienen capacidad para incidir en cómo finalmente se configure ese compromiso. Las estrategias de movilización de los parti-

dos son, a este respecto, fundamentales. Según los datos de la encuesta de 2000, el porcentaje de individuos contactados por algún partido es algo mayor entre los jóvenes que entre los adultos: el 22,7% de los individuos menores de treinta años fue contactado por algún, mientras que el porcentaje entre los adultos fue de 21,9; 0,8 puntos porcentuales menor. Por el contrario, son más los adultos que siguieron un debate por televisión que los jóvenes que lo hicieron: el 37,5% de las personas de más de treinta años atendieron la celebración de un debate electoral, cuando el porcentaje entre los jó-

venes es del 31,2%.

El acercamiento a los partidos políticos tiene mayor incidencia entre los jóvenes que entre los adultos. Mientras que en el grupo de individuos mayores de treinta años ninguna de las dos variables que miden la movilización política incide significativamente en la participación, entre los jóvenes sí lo hacen. En concreto, cuando nuestro individuo joven de referencia ha sido contactado por algún partido, su probabilidad de votar aumenta en 8,6 puntos porcentuales (véase tabla 3.2.). Si el individuo en cuestión siguió un debate en televisión, el aumento es de 8,3 puntos. Por

Tabla 3.2. Efecto de la movilización política en la probabilidad de participar según grupos de edad

	Cambios en la probabilidad de votar	
	Contactado por partido	Seguimiento debate T.V.
Jóvenes (entre 18 y 29 años)	8,6	8,3
Adultos (más de 30 años)	n.s.	n.s.

tanto, la probabilidad de votar del individuo joven de referencia cuando ha sido contactado por un partido es de 78,2% y de 77,9% cuando ha seguido un debate en televisión. ¿Por qué los jóvenes son más sensibles a las estrategias de movilización de los partidos? Una posible respuesta podría encontrarse en el hecho de que los jóvenes disponen de menos recursos que los adultos, tanto menos años como menos experiencia política. El individuo de más edad en el colectivo de los jóvenes, el que tiene 29 años, ha vivido cuatro elecciones generales (1989, 1993, 1996 y 2000) siendo mayor de edad, pero para otros es su primera, segunda o tercera experiencia. La menor experiencia de los jóvenes les hace más vulnerables a las acciones de los partidos. Los partidos pueden cambiar más fácilmente las opiniones de los jóvenes que la de los adultos, pues en muchos casos son opiniones recién estrenadas. En cierto sentido, la edad desempeña un papel similar al de la educación. Se ha mostrado que las campañas electorales no hacen variar la opinión del

ciudadano educado, pues sus recursos le permiten resistir los mensajes del político que trata de conquistar su voto (Zaller, 1992).

Pese a los esfuerzos que hacen los partidos por ponerse en contacto con los jóvenes, algo mayor incluso que el que realizan entre los adultos, los individuos con menos de treinta años declaran, por término medio, menos proximidad hacia estas organizaciones que las personas con más de treinta años. Entre los jóvenes, el 36,2% se declaran próximos a un partido, mientras que lo hacen el 46,8% de los adultos. Además, el efecto de la proximidad es bastante más fuerte en el primer grupo que en el segundo. El joven que se declara cercano a un partido es bastante más participativo que el joven que no lo hace, mientras que entre un adulto próximo a un partido y uno que no lo está no se produce tanta diferencia. En concreto, cuando el individuo adulto de referencia pasa a sentirse próximo a un partido aumenta su probabilidad de votar en 5,8 puntos porcentuales (tabla 3.3.). Si el individuo de referencia es el joven el aumento es de 16,9 puntos, 11,1 puntos

Tabla 3.3. Efecto de la proximidad a un partido en la participación según grupos de edad

	Cambios en la probabilidad de votar
Jóvenes (entre 18 y 29 años)	16,9
Adultos (más de 30 años)	5,8
Diferencia	11,1

mayor. Por tanto, la probabilidad de votar del joven 'típico' próximo a un partido es del 86,6%, mientras que del que no lo está es del 69,6%.

La distancia que caracteriza la relación de los jóvenes con los partidos no se debe a la falta de interés por la política entre los individuos que forman este grupo. Los jóvenes se interesan tanto por la política, o más bien tan poco, como los adultos. El interés por la política se recoge en una variable que va de 1 a 4, correspondiendo el valor 1 a la categoría de 'mucho interés' y el valor 0 a la de 'nada de interés'. La media para los dos grupos de edad es de 3,1, lo que indica que los entrevistados, ya sean jóvenes o adultos, tienen por término medio poco interés por la política.

Al igual que sucede con la movilización política y la proximidad a un partido, el efecto

del interés por la política en la propensión a participar es distinto entre los jóvenes y los adultos. La propensión a participar en las elecciones es bastante mayor entre los jóvenes que declaran interés por la política que entre los que no lo hacen, mientras que las diferencias son menores entre los individuos con más de treinta años. Cuando el adulto de referencia pasa de no tener ningún interés por la política a tener mucho, su probabilidad de participar, tal y como consta en la tabla 3.4., aumenta en 9,3 puntos porcentuales. El efecto en los jóvenes, considerablemente mayor, es de 23,9 puntos. Consecuentemente, cuando el joven declara un interés máximo, su probabilidad de votar es de 84,6%, 3,2 puntos porcentuales por encima de la participación declarada en encues-

Tabla 3.4. Efecto del interés por la política en la participación según grupos de edad

	Cambios en la probabilidad de votar
Jóvenes (entre 18 y 29 años)	23,9
Adultos (más de 30 años)	9,3
Diferencia	14,6

ta por los jóvenes. Si el individuo joven declara un interés mínimo, la probabilidad de que vote cae hasta el 60,1%.

En definitiva, los jóvenes mantienen una relación con la política más distante que los adultos. La causa de que ésto sea así está en que los partidos no hagan esfuerzos por movilizar a los individuos de menos edad, pues se ha visto que incluso se producen más contactos directos con los jóvenes que con los adultos. El grado de interés por la política tampoco explica esa distancia, pues el interés declarado por los jóvenes es idéntico al de los adultos. Si la relación de los jóvenes con la política se puede caracterizar de distante es porque son bastante menos los individuos menores de treinta años que se declaren cercanos a un partido político concreto que aquellos con más de treinta que lo hacen. Al observar la relación de los jóvenes con otras organizaciones, sin embargo, no sucede nada parecido. Si bien el grado de asociacionismo es, por lo general, bajo en España, el porcentaje de afiliación entre los jóvenes es, para ciertas organizaciones, mayor que el de los adultos. Tal es el

²⁵ Según los datos de la encuesta del CIS de 2000, el 6,9% de los adultos está asociado a una organización cultural, mientras que el porcentaje para los jóvenes es de 7,21. El 1% de los adultos milita en una asociación ecologista y lo hace el 2,2% de los jóvenes. El 4,7% de los adultos está asociado a una ONG cuando

caso de las organizaciones culturales, ecologistas, deportivas y de las organizaciones no gubernamentales (ONG)²⁵. El problema, por tanto, no está en los jóvenes sino en los partidos.

Ahora bien, el joven que se siente próximo a un partido, cualquiera que este sea, así como el que tiene interés por la política y el que ha tenido algún contacto con políticos, ya sea directamente o porque ha seguido un debate electoral en televisión, es bastante más propenso a participar que el que está comprometido ni ha sido movilizado. Las diferencias entre los adultos no son ni muchos menos tan pronunciadas. La falta de experiencia hace al joven más receptivo a los mensajes de los políticos.

La segunda cuestión a destacar del análisis se refiere a las opiniones de los jóvenes sobre la labor del gobierno y de la oposición, así como sobre la situación política y económica del país. Comencemos con los hallazgos a propósito de la variable de valoración de la economía. La evaluación media es idéntica entre los jóvenes y los adultos, de 2,6, correspondiendo el 5 a la peor valoración posible y el 1 a la mejor. Por tanto, ambos grupos califican la si-

el porcentaje para los jóvenes es de 5%. Las diferencias más importantes se dan en el caso de las asociaciones de deporte: entre los adultos la afiliación es de 9%, mientras que entre los jóvenes es de 17%.

tuación económica de regular. Pese a que ambos grupos tengan una misma valoración de la economía, la incidencia de la misma en la participación es muy distinta entre los jóvenes y los adultos. Entre los individuos de más de treinta años, cómo se valore la situación económica no incide en la participación,

mientras que sí lo hace entre los jóvenes. El efecto es, de hecho, espectacular. Cuando la valoración de la economía pasa de muy mala a muy buena disminuye la probabilidad de abstenerse en 33,5 puntos porcentuales (véase tabla 3.5.). La probabilidad de votar del joven típico que crea que la situación económi-

Tabla 3.5. Efecto de la valoración de la economía en la participación según grupos de edad

	Cambios en la probabilidad de votar
Jóvenes (entre 18 y 29 años)	-33,5
Adultos (más de 30 años)	n.s.

ca del país es muy buena, es del 80,8%, mientras que la del que cree que es muy mala cae por debajo del 50% (47,7%).

¿Por qué los jóvenes son mucho más sensibles que los adultos a cómo marche la economía del país? La razón bien puede estar en la precariedad de la situación profesional de los jóvenes. Este colectivo no sólo suele estar empleado en peores condiciones que los adultos, sino que además sufre más el problema de no encontrar empleo (o perderlo). El 17,7% de los jóvenes encuestados está en

paro, mientras que sólo lo está el 7,2% de los adultos. La mayor incidencia del paro entre los individuos de menos de treinta años no significa necesariamente que el joven parado se abstenga más que el que trabaja. De hecho, ni la valoración de la situación económica personal ni estar parado influyen en la probabilidad de que el joven participe²⁶. Esto

²⁶ Se han introducido estas dos variables en el modelo multivariable pero ninguna sale significativa.

significa que los jóvenes no actúan en función de su situación económica o profesional personal sino basándose en indicadores económicos conocidos. Sin embargo, una mala situación de la economía puede acabar repercutiendo en la situación profesional de cada uno. En el caso de los jóvenes, la incidencia futura de los malos resultados económicos puede ser más alarmante, debido precisamente a su inseguridad laboral.

La especial preocupación de los jóvenes por la economía no encuentra paralelismo en el ámbito de la política, pues los jóvenes, pese a valorar peor la situación política que los adultos, son algo menos sensibles que ellos a la coyuntura del país. La valoración de la situación política se mide de 1 a 5, siendo 1 el mejor valor posible y 5 el peor. Pues bien, los adultos valoran por término medio la situación política con un 2,6, mientras que los jóvenes lo hacen con un 2,7. La diferencia de medias, de 0,1, es mínima pero resulta estadísticamente significativa.

La tabla 3.6., muestra el efecto de la valoración de la situación política en la probabilidad de participar así como las probabilidades asociadas a las distintas valoraciones. La variable incide más entre los adultos que entre los jóvenes. Cuando el individuo adulto de referencia pasa de tener una valoración muy buena a una muy mala, su probabilidad de votar cae en 36,8 puntos porcentuales. En el caso del joven de referencia el efecto, también enorme, es algo menor, de 32,3.

El efecto de la valoración de la situación política en los jóvenes es casi tan grande que el de la valoración económica (1,2 puntos porcentuales menor). Consecuentemente, cuando el joven 'típico' califica de 'muy mala' la situación política, su probabilidad de votar cae también por debajo del 50% (48,8%). Por el contrario, cuando el joven cree que la coyuntura política es muy buena, tiene una probabilidad de participar del 81,4%. En el adulto, una muy buena opinión de la política le lleva casi seguro a votar: su probabilidad de hacerlo asciende hasta

Tabla 3.6. Probabilidades de participar del joven y del adulto 'típicos' según la valoración de la situación política del país

	Jóvenes	Adultos
Valoración 'muy buena'	81,4%	95,8%
Valoración 'regular'	69,6%	88,5%
Valoración 'muy mala'	48,8%	59,1%
Diferencias (mínimo a máximo)	32,6	36,7

el 95,8%. Cuando el adulto de referencia considera la situación política muy mala, su probabilidad de participar se vuelve del 59,1%.

Por lo que respecta a la valoración de la tarea del gobierno y de la oposición, los jóvenes valoran por término medio algo peor al gobierno del PP de lo que lo hacen los adultos. La calificación que ambos grupos dan al PSOE es de 3,2 que corresponde a un regular (tirando a mal), pues el valor 1 refleja la máxima calificación y 5 la mínima. El PP sale mejor parado en los dos grupos, con una media de 2,6 entre los adultos y de 2,7 entre los jóvenes. Aunque la diferencia de medias es muy pequeña, de 0,1, resulta estadísticamente significativa.

En el modelo multivariable, la valoración del gobierno no es significativa y la valoración de la oposición sólo introduce cambios significativos en la probabilidad de votar entre los jóvenes. Cuando el joven de referencia pasa de tener una valoración muy mala a tener una muy buena aumenta su probabilidad de votar en 7 puntos porcentuales. La falta de signifi-

catividad estadística de la variable de gobierno no implica, sin embargo, que debamos de considerar la variable irrelevante. Lo que sucede es que la evaluación del gobierno guarda una relación muy estrecha con la evaluación de la situación política y económica. Cuando se retiran estas dos variables del modelo, la valoración del gobierno se vuelve significativa entre los jóvenes y los adultos. Es curioso observar entonces cómo dicha valoración afecta sobre todo a los jóvenes. Cuando el individuo entre 18 y 29 años de referencia pasa de tener una muy mala valoración de la gestión del gobierno a tener una muy buena, su probabilidad de participar aumenta en 27,7 puntos, mientras que en el adulto el aumento, de 18,3 puntos, es menos espectacular. De hecho, un joven 'típico' que crea que el gobierno lo ha hecho muy mal tiene una probabilidad de votar por debajo del 50% (de 48%), por lo que es más seguro que se abstenga a que no lo haga. El mayor impacto de esta variable puede deberse también al hecho de que los jóvenes, debido a su menor

CONCLUSIONES

experiencia, sean votantes con menos inercia y, por tanto, más vulnerables a las coyunturas y a su entorno.

1. La tasa media de participación electoral en España se aproxima al promedio mundial, aunque está por debajo de la media de las democracias avanzadas. Además, la participación en España es más frecuente en elecciones legislativas que en elecciones municipales y europeas. Los españoles, al igual que sucede con los ciudadanos de otras democracias, participan más cuando creen que hay más en juego. En España, la participación ha fluctuado a lo largo de los años. No se observa, por tanto, ningún aumento progresivo de la abstención. En todo caso, los españoles que no votan declaran poco interés por la política y poca satisfacción con lo que ofrecen los partidos. Los es-

tudios sobre participación electoral en España muestran que, efectivamente, la abstención responde esencialmente a factores políticos, mientras que el contexto socioestructural o las características individuales tienen una incidencia relativamente escasa. El interés por la política, lo competitivas que sean las elecciones o los recursos de los partidos son algunos de los factores que permiten explicar la participación.

2. El análisis que se presenta en este trabajo sobre las elecciones de 2000 muestra que la probabilidad de participar aumenta cuando el individuo es de edad avanzada, está casado, y se siente comprometido con la política, ya sea porque muestre interés por la misma, porque declare alguna ideología o porque esté próximo a un partido. Por el

contrario, cuando el individuo cree que todos los partidos son iguales, cuando valora negativamente la labor de la oposición y cuando cree que la situación política en España es mala, disminuye su propensión a acudir a las urnas. El análisis de las elecciones de marzo de 2000 muestra además cómo la posición ideológica del individuo afecta a su probabilidad de voto: ser de izquierdas disminuye la probabilidad de participar no sólo frente a no tener ideología, sino también frente a ser de derechas. Si en las elecciones de 2000 el PSOE hubiese obtenido el apoyo de los ciudadanos de izquierda próximos a este partido que se abstuvieron, habría logrado 2,1 puntos porcentuales más de voto.

La mayor propensión a la abstención en la izquierda forma parte de un problema más general. En España, la ideología ha perdido utilidad a la hora de predecir el comportamiento de los individuos de izquierda, ya que no sólo se abstienen más que los de derecha, sino que votan más al partido contrincante, el PP, de lo que lo hacen las personas conservadoras con respecto a los partidos progresistas.

Se han ofrecido dos explicaciones para dar cuenta de este fenómeno. Por un lado, el debilitamiento del voto ideológico en la izquierda responde al protagonismo que han tenido en el debate público cuestiones ajenas al eje izquierda-derecha, como la co-

rrupción, o la defensa de la Constitución. Es muy posible que los individuos próximos al PSOE hayan optado por abstenerse o incluso por votar al PP cuando han creído que asuntos independientes de cualquier adscripción ideológica eran realmente los que urgía solucionar.

Por otro lado, los criterios de proximidad ideológica han cedido ante el convencimiento de que la labor del PP al frente del gobierno ha sido mejor que la del PSOE en la oposición. Se ha podido comprobar que, entre los individuos de izquierdas (próximos al PSOE o equidistantes PSOE-PP/PSOE-IU), aquellos que se abstuvieron en el 2000 valoran mejor la labor del PP en el gobierno que la del PSOE en la oposición, a pesar de creer que, al frente de políticas concretas, tanto da un partido que otro. Por el contrario, los que optan por votar al PSOE no sólo valoran mejor su labor de oposición que la gestión del PP en el gobierno, sino que también creen que los socialistas lo hubiesen hecho mejor en todas las áreas políticas. Finalmente, entre los próximos al PSOE o equidistantes con otro partido, aquellos que votan al PP tenían, antes de la campaña, mejor opinión de su labor al frente del gobierno que de la tarea de la oposición. Además, el PP aparece como el mejor partido en todas las políticas.

Se ha visto también que el abstencionista que se declara próximo al PSOE o equidis-

tante PSOE-IU/PSOE-PP es una persona joven (en todo caso menor de 50 años), con cierta educación, trabajador no manual, soltero y residente en un municipio de entre 400.001 y 1.000.000 de habitantes.

3. La participación de los españoles en protestas es, como en otras democracias, más baja que la participación electoral. Los españoles asisten a manifestaciones y toman parte en huelgas con tanta frecuencia como en otras democracias, aunque la firma de peticiones está menos extendida en España de lo que lo está en otros países. Por lo demás, se ha comprobado que el perfil del ciudadano que protesta es, en muchos aspectos, opuesto al del votante. La persona que protesta suele ser joven, soltera, habita en un medio urbano, es de izquierdas y se muestra crítico con lo que hacen los partidos. Además, así como ni la educación ni los ingresos afectan a la probabilidad de votar sí que inciden en la propensión a la protesta. Los individuos más educados y con más ingresos protestan más que los menos educados y con menor nivel de renta. En las actividades de protesta, por tanto, la desigualdad social se traduce en desigualdad política.

4. Al igual que sucede en otras democracias,

los jóvenes españoles votan menos que los adultos pero protestan más. Además, la tasa de participación declarada en 2000 ha disminuido en 6,1 puntos porcentuales. Varios factores explican la tendencia a la abstención entre los menores de treinta años. Por un lado, los jóvenes se sienten distanciados de los partidos, aunque su interés por la política sea igual que el de los adultos. Además, la distancia con los partidos produce una mayor propensión a la abstención entre los jóvenes que entre los adultos. El joven alejado de la política es bastante menos participativo que el joven comprometido, mientras que las diferencias entre los adultos no están tan marcadas. Por otro lado, los jóvenes son más sensibles que los adultos a los juicios sobre las gestiones de los partidos y los resultados económicos logrados. En particular, una opinión negativa sobre la marcha de la economía produce desmovilización en el joven, mientras que no incide en el comportamiento del adulto. Finalmente, las estrategias de movilización de los partidos tienen bastante más efecto entre los jóvenes que entre los adultos. Cuando un partido se pone en contacto con un joven, su probabilidad de votar aumenta, cuando en el caso del adulto no varía. Por tanto, aunque la distancia que separa al político del joven sea